CUADERNOS de historia

El reparto de Africa

J. U. Martínez, J. Moreno, Miguel G. Orozco y J. Morillas



15

HYSPAMERICA

CUADERNOS
de historia

80 Títulos

Distribución:

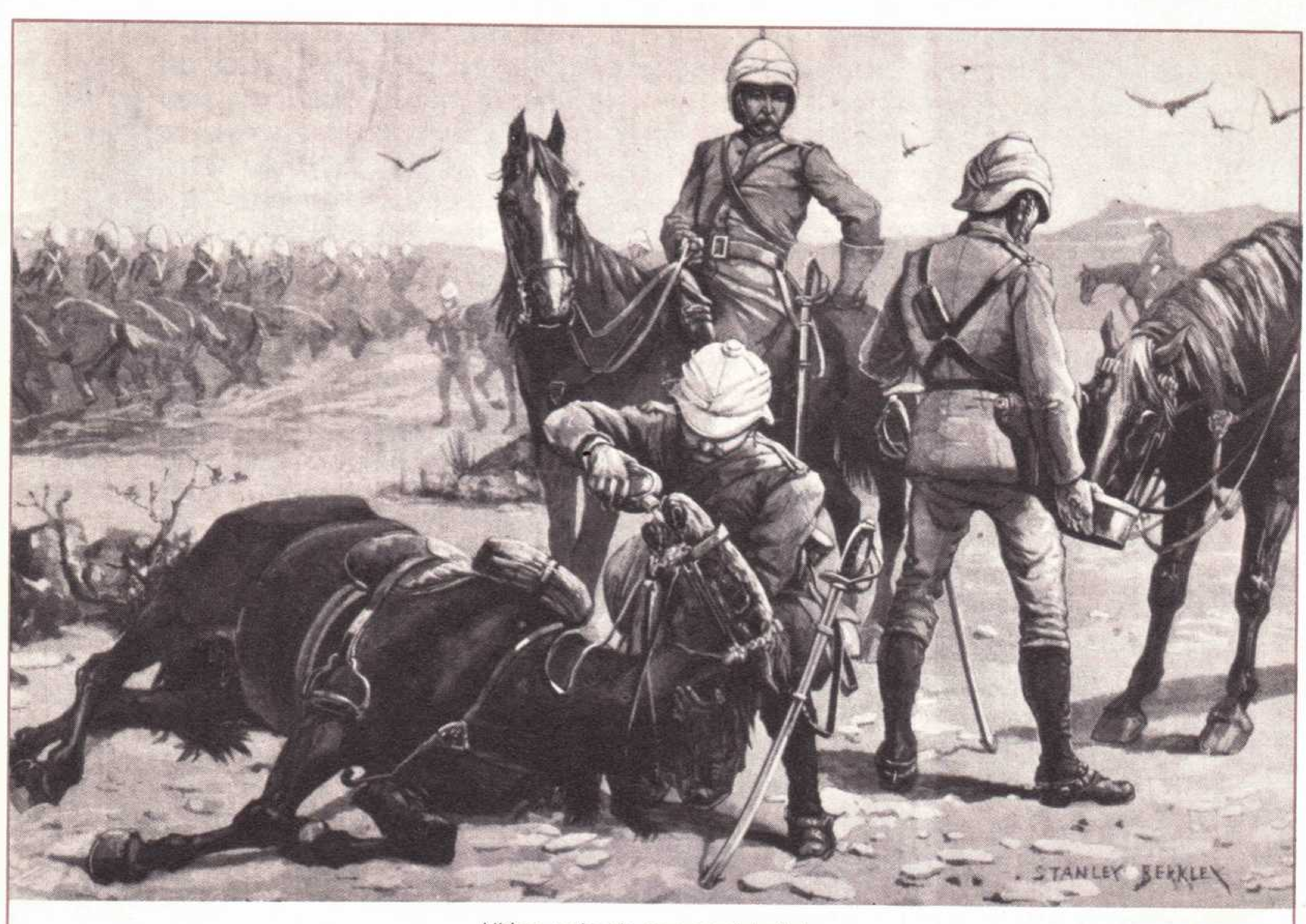
Capital Federal: Distribuidora Rubbo, S.R.L.
Garay 4224/26, Buenos Aires.
Tels. 923-4725/1709.

Interior: HYSPA Distribuidora, S. A.
Corrientes 1437 (1042) Buenos Aires.
Tels. 46-4404/5704.

Realización y producción editorial: ESLA, S. A.

CUADERNOS DE HISTORIA de Hyspamérica *se publica en forma de fascículos de aparición semanal, cada uno de los cuales consta de 32 páginas incluida la cubierta. Cada 10 cuadernos se pondrá a la venta una carpeta para recoger y archivar esta obra.*

I.S.B.N.: 84-599-1311-2 obra completa
I.S.B.N.: 84-599-1326-0 cuadernos
I.S.B.N.: 84-599-1407-0 tomo II
Depósito legal: M. 7.321 - 1986
Impreso en Raycar, S. A. Matilde Hernández, 27.
28019 Madrid
Printed in Spain



Ultimo sorbo de agua en el desierto

CARÁTULA: EL Rey PREEMPEH y la reina madre en KUMASI (Ghana) son obligados a rendir sumisión a los oficiales del ejército británico que invadieran el país ASHANTI en 1896

Indice

93
22/11

Hace más de cien años que se firmó el acta final de la Conferencia de Berlín (14-XI-1884 a 26-II-1885). A lo largo de tres meses de sesiones, las potencias europeas con intereses coloniales en Africa, convocadas por Francia y Alemania, habían discutido para confirmar legalmente sus derechos en ese continente y para delimitar sus distintas áreas de influencia.

En este Cuaderno, *José U. Martínez Carreras estudia la evolución del colonialismo en Africa durante el siglo XIX; Julia Moreno analiza las causas de la convocatoria de la Conferencia y sus principales acuerdos; Miguel G. Orozco describe las modificaciones hasta 1914 del reparto establecido en Berlín, y Javier Morillas presta particular atención al Sahara occidental, territorio cuya posesión fue entonces reconocida a España.*

La colonización

Por José U. Martínez Carreras

Profesor de Historia Contemporánea. Universidad Complutense de Madrid

DURANTE la primera parte del siglo XIX, con anterioridad a 1870-80, y de acuerdo con la clasificación expuesta por J. L. Miege, existían en el mundo dos grandes conjuntos de territorios coloniales:

— Uno, compuesto por los vestigios de la primera expansión europea a lo largo de los siglos modernos, integrado por las viejas posesiones de España y Portugal, que no sólo no podían ya ampliarse más, sino que incluso resultaban difíciles de mantener, mientras que Holanda conservaba también parte de sus colonias, aunque sin aspirar a nuevas conquistas.

— El otro, más reciente, había surgido de la nueva fase de la expansión colonial nacida de la revolución industrial y de los transportes, y se estaba formando por las conquistas de las nuevas potencias industriales, Gran Bretaña y Francia principalmente, que habían proseguido a lo largo del siglo XIX la adquisición de nuevas colonias, engrandeciendo así sus viejos Imperios coloniales, que al ser renovados se iban transformando totalmente.

Esta última oleada expansionista fue, por tanto, la continuación del movimiento anterior, realizada por los nuevos países industriales que disponían de nuevos medios y fuerzas, siendo tal expansión considerable por su amplitud, por su carácter sistemático y también por su universalismo, debido tanto a la aparición de nuevos competidores, como Bélgica, Alemania e Italia, como a la ampliación del afán expansionista a la totalidad de los continentes y mares, y llegándose al planteamiento de enfrentamientos y rivalidades que desembocaron en los repartos coloniales, como fue el caso de Africa, primero en su área mediterráneo-islámica, y en segundo lugar en el Africa negra o subsahariana.

Así, desde comienzos del siglo XIX se va modificando la actitud de los países europeos hacia Africa, incrementándose su presencia y actividad colonial. Africa, hasta entonces ocupada sólo de forma muy incompleta y predominantemente en sus costas y en la periferia, va a ser objeto durante todo el siglo de cada vez más intensas y profundas penetraciones territoriales, con conquistas y anexiones del interior africano por los países europeos, que someterán a todo el continente al sistema colonialista occidental, movidos por un complejo conjunto de causas y factores tanto políticas y nacionales como económicas y sociales.

La intensificación de las intervenciones europeas, y las ocupaciones consiguientes, a pesar de las resistencias africanas que se enfrentaron a la invasión occidental, provocaron crecientes rivalidades entre las potencias coloniales en el plano internacional, y pusieron las bases de lo que sería a lo largo del final del siglo XIX el reparto colonial de Africa.

Africa del norte

Junto a esta acelerada participación europea en forma de invasión militar e imposición política de Africa, se produjo también la incorporación económica del continente y de sus recursos y posibilidades en todos los aspectos y sectores al sistema capitalista occidental, con la consiguiente explotación colonial de sus riquezas por parte de las economías europeas desarrolladas.

Africa conoció hasta mediados del siglo XX las consecuencias de dicha explotación colonial, económica y política, por el colonialismo capitalista europeo.



La primera zona de expansión colonial europea por Africa estuvo constituida por el área islámico-mediterránea, en el norte del continente; su papel no cesó de crecer a partir de la primera mitad del siglo XIX y fue el escenario de la primera gran rivalidad colonial franco-británica en Africa. La apertura del canal de Suez en 1869 le dio nueva importancia: de hecho quedaba abierto a la potencia euro-

El explorador inglés Richard Burton con atuendo beduino

Captura de Samori Turé por los franceses (Guelemu, 29 de septiembre de 1898)

Inauguración del canal de Suez en Port Said (17 de noviembre de 1869)



pea tanto el camino de Asia como el de Africa negra.

Desde los tiempos modernos, casi dos siglos antes, Gran Bretaña llevaba a cabo en esta región un tenaz proyecto que chocó con la política paralela de Francia, Italia y España, que como potencias mediterráneas, representaban entonces el papel de comparsas. Estas oposiciones y actitudes favorecieron el deseo de Bismarck, que como canciller de la nueva Alemania unida, desplegaba su política en favor de mantener el *statu quo* continental.

La presencia y conquista europeas en esta zona islámico-mediterránea de Africa van a centrarse principalmente en torno a dos áreas bien definidas: el Magreb —Argelia y Túnez— por los franceses, y el Nilo —Egipto y Sudán— por los británicos.

A comienzos del siglo XIX la casi totalidad del Africa islámico-mediterránea, excepto el reino de Marruecos, se encontraba bajo la lejana soberanía del Imperio turco, que se veía obligado a permitir el funcionamiento de una práctica autonomía en el gobierno de los respectivos territorios.

En principio, como consecuencia de los enfrentamientos y rivalidades entre Francia e Inglaterra en los años de la Revolución y el Imperio (1789-1815), el norte de Africa quedó incluido en la esfera de actividad político-militar de ambas potencias con las luchas entre franceses e ingleses en Egipto.

Ya más avanzado el siglo, la política expansiva de ambos países europeos, por un lado, y la crisis del Imperio turco y de sus territorios semiautónomos, por otro, puso en juego numerosos intereses: estratégico, por el dominio de la ruta mediterránea; financiero, debido a las amplias inversiones de grupos británicos y franceses que provocaron un creciente endeudamiento, la amenaza de bancarrota y la instauración de un control internacional de la deuda; económico y comercial también, intrínseco e inmediato, pero sobre todo virtual y más a largo plazo: Egipto y Argelia podían convertirse en los puntos de partida de dos penetraciones hacia el Africa negra. Una por el valle del Nilo hacia el este de Africa; y la otra en dirección al gran meandro del Níger y el oeste de Africa.

Todos estos intereses alimentaron dos grandes proyectos geopolíticos que rivalizaron entre sí: uno francés, a partir de Argelia, se basaba en la creación de un conjunto magrebí mediante la extensión del control hacia el este —Túnez— y el oeste —Marruecos— y en la puesta en contacto a través del Sahara de estas posesiones con el interior y el oeste africanos; el otro británico, pretendía el control del Mediterráneo oriental y del mar Rojo, y a través del Nilo y del este africano el establecimiento de un dominio continuado hasta el Africa austral, en torno al eje El Cairo-El Cabo.

La expansión colonial se inicia, por tanto, desde comienzos del siglo XIX con la acción paralela de Francia y Gran Bretaña, que se esfuerzan por controlar respectivamente Argelia y Egipto.

Argelia y Túnez

Argelia se encontraba, como se ha indicado, bajo la soberanía del Imperio turco, representando la autoridad el bey de Argel, que administraba el territorio.

Hacia 1827 existían relaciones entre argelinos y franceses que desembocaron en rivalidades y choques, aprovechados por el Gobierno francés para, con el pretexto de dominar la piratería argelina en el Mediterráneo, enviar una expedición militar que invadió Argel en 1830.

Tras la capitulación del bey, la expedición ocupó la ciudad y parte del territorio argelino, con lo que se inició la conquista del país, que continuó a lo largo de varias fases: de 1830 a 1847 con las luchas entre Abd el-Kader y el general Bugeaud; y entre 1848 y 1857 con la incorporación total del territorio, aunque aún se producirán incidentes hasta 1871.

La conquista fue continuada con la ocupación del país por los militares en la fase ya señalada de 1830 a 1870, a la que siguió desde 1870 hasta 1930 la nueva fase de la colonización con el establecimiento y poblamiento del territorio argelino por colonos franceses y europeos.

La política francesa se fue afirmando en la región: se incrementaron las expediciones hacia el sur, se proyectó el ferrocarril transahariano, y se fomentaron las campañas de las sociedades geográficas y de la opinión pública y prensa.

Francia ocupó igualmente Túnez: con el pretexto de una cuestión fronteriza, los franceses intervinieron en Túnez, imponiéndole régimen de protectorado por el tratado del Bardo, en mayo de 1881, completado con la convención de Marsa en junio de 1883.

En opinión de los autores, esta acción expansiva francesa fue decisiva al dar un empuje irreversible a su política colonial y provocar la acción británica en Egipto, que a su vez fue uno de los estimulantes básicos, en una reacción en cadena, del reparto colonial del Africa negra.

De esta forma, Francia se adueñó de Argelia y Túnez, mientras dejaba para más adelante la incorporación de Marruecos, lo que pondría bajo su soberanía a todo el Magreb.

Egipto

En el país del Nilo se enfrentaron ingleses y franceses en 1798-99, y posteriormente Mehemet Alí estableció las bases del Estado moderno entre 1805 y 1847, consiguiendo una práctica autonomía respecto al Imperio turco.

Desde 1848, bajo el gobierno de sus sucesores, ingleses y franceses rivalizaron en obtener concesiones económicas en Egipto, y así, mientras Inglaterra obtuvo la construcción del ferrocarril Alejandría-El Cairo-Suez en 1850, Francia consiguió de Mohamed Said en 1854, por medio del ex cónsul De Lesseps, el encargo de la construcción y explotación del canal del Suez, acabado e inaugurado en noviembre de 1869.

Ismail, por entonces pachá de Egipto, que poseía casi la mitad de las acciones del canal, las vendió a Inglaterra, por presiones y problemas económicos, y desde 1874, en consecuencia, el canal fue controlado por Inglaterra y Francia. Los ingleses reforzaron desde entonces su influencia en el mar Rojo y fueron consolidando de manera progresiva su presencia y dominio sobre Egipto.

Tras la acción francesa en Túnez, en julio de 1882 Inglaterra intervino en Alejandría y ocupó militarmente todo el país, colocándolo bajo su tutela en régimen de protectorado que se prolongó hasta 1922, y mantuvo su superioridad en el noroeste de Africa y sobre el Nilo, que quedó abierto como vía de penetración hacia Sudán y Africa oriental.

En torno a 1887 Inglaterra esbozó una liga mediterránea para la defensa del *statu quo,* que desembocó en los acuerdos de esa misma fecha. El antagonismo franco-británico y los deseos impotentes de las naciones mediterráneas bloquearon durante unos quince años la política de expansión europea en el Mediterráneo, al tiempo que se desplazaban hacia el Africa subsahariana las rivalidades de las potencias, que condujeron rápidamente al reparto colonial del continente negro.

Africa subsahariana

También desde comienzos del siglo XIX, la penetración y ocupación europeas se fueron extendiendo por todas las regiones del Africa negra, provocando el sometimiento y la destrucción de los Estados y las sociedades africanas, que intentaron resistir la invasión europea, e imponiendo sobre ellos un rígido sistema colonial.

A consecuencia de la intensa expansión colonial, surgieron enfrentamientos y rivalidades que plantearon la necesidad de un arreglo internacional para regular las ocupaciones. De ello derivó el reparto colonial de Africa, que se materializó en la Conferencia de Berlín.

Con anterioridad a este proceso, hasta finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, como señala H. Brunschwig, los europeos que frecuentaban las costas africanas representaban más sus intereses privados que los de sus Estados. Sus buques encontraban en las escalas que jalonaban sus costas el revituallamiento necesario y los esclavos que suministraban la mercancía central de su comercio, sin penetrar hacia el interior continental. A fines del siglo XVIII, la soberanía europea sólo estaba establecida en algunos lu-

Los exploradores Speke y Grant presentan sus descubrimientos a la Real Sociedad Geográfica de Londres (1862)





gares aislados de las costas occidentales —Gambia británica y Senegal francés— y australes —Angola y Mozambique portugueses y El Cabo holandés— de Africa.

La situación fue evolucionando lentamente durante los dos primeros tercios del siglo XIX. El comercio de esclavos fue progresivamente sustituido por el aceite de palma y por diversos productos de menor importancia, como el marfil y el oro. Por la influencia de misioneros y filántropos se combatió la esclavitud, y por la presión de los comerciantes los ingleses fueron estableciendo *colonias de la Corona* en Sierra Leona, Costa de Oro, Lagos y El Cabo, mientras los franceses se asentaban igualmente en Guinea, Costa de Marfil y Gabón.

La rivalidad franco-británica quedó así planteada en distintas regiones de Africa, a la que se unieron los intereses coloniales crecientes de Bélgica, Alemania, Italia y Portugal. España representó un papel secundario.

Surgía de esta manera una nueva valoración del Africa negra por las potencias europeas que actuaron para conseguir rápidamente posesiones coloniales en el continente subsahariano.

Durante la mayor parte del siglo XIX se configuraron, con las adquisiciones coloniales, las distintas rivalidades en las diferentes regiones de Africa, que agitaron a todo el continente: en Africa occidental, entre Francia y Gran Bretaña; en Africa central, entre Francia y Bélgica; en Africa oriental, entre Gran Bretaña y Alemania, y en Africa austral, entre Gran Bretaña —a su vez enfrentada a los boers—, Alemania y Portugal.

Al mismo tiempo que los países europeos efectuaban las continuadas ocupaciones coloniales, y en algunos casos relacionadas con ellas, durante todos estos años se realizaron sobre el interior africano una larga serie de viajes de exploración y descubrimiento por viajeros europeos.

Casi todos estos viajes siguieron en sus itinerarios los cursos de los grandes ríos africanos como fueron los casos, principalmente, del Níger, Nilo, Congo y Zambeze.

Estas exploraciones y descubrimientos llevaron al total conocimiento del interior continental y estuvieron motivados por diversas causas: afán geográfico y científico, carácter religioso y humanitario e interés económico y político. Con este motivo actuaron en algunos países europeos sociedades que financiaron tales viajes, como la Real Sociedad Geográfica de Londres y la Asociación Internacional Africana en Bruselas, entre otras.

Los grandes viajes se iniciaron en Africa occidental en torno al Níger: así el escocés Mungo Park en 1795 y 1805-06, el francés R. Caillé en 1827-28 a Tombuctú y los hermanos Lander en 1830.

Otro gran punto de atracción fue el curso y nacimiento del Nilo: en 1769-71 el escocés Bruce, en 1820-24 el francés Caillaud hasta Jartum y el alemán Nachtigal en 1870; los grandes lagos son recorridos por Burton y Speke en 1858, Speke y Grant en 1860-62 y Baker en 1863.

Por su parte, D. Livingstone buscó las fuentes del Nilo y exploró los cursos del Congo y Zambeze en sus varios viajes entre 1848 y 1872; Stanley viajó por el Congo en 1872 —el año de su célebre encuentro con Livingstone— y 1874, y también Brazza recorrió este río en 1875-78.

Los portugueses Pinto y Paiva viajaron entre Angola y Mozambique en 1886-89; y el español Iradier exploró Guinea Ecuatorial entre 1875 y 1884.

Africa occidental y central

La expansión colonial en Africa occidental quedó dominada, como se ha indicado, por la rivalidad franco-británica, que se impuso sobre la presencia más reducida de portugueses, españoles y alemanes en áreas localizadas de la zona.

Francia desplegó una gran actividad colonial desde Senegal: desde 1854 el gobernador Faidherbe organizó la penetración hacia el interior sudanés, y en 1880 Gallieni se extendió hacia el Níger y Tombuctú; igualmente la acción francesa abarcó las zonas de Dahomey, Costa de Marfil y Guinea. Otra área de expansión francesa fue Gabón, donde en 1848 se fundó Libreville, y que sirvió años más tarde para la incorporación del Congo norte por Brazza.


La presencia británica estuvo muy repartida por diversos territorios: Gambia, Sierra Leona —donde se fundó Freetown en 1808—, Costa de Oro y la colonia de Lagos desde 1861, extendiéndose hacia el norte del Níger y entrando en rivalidad con los franceses.

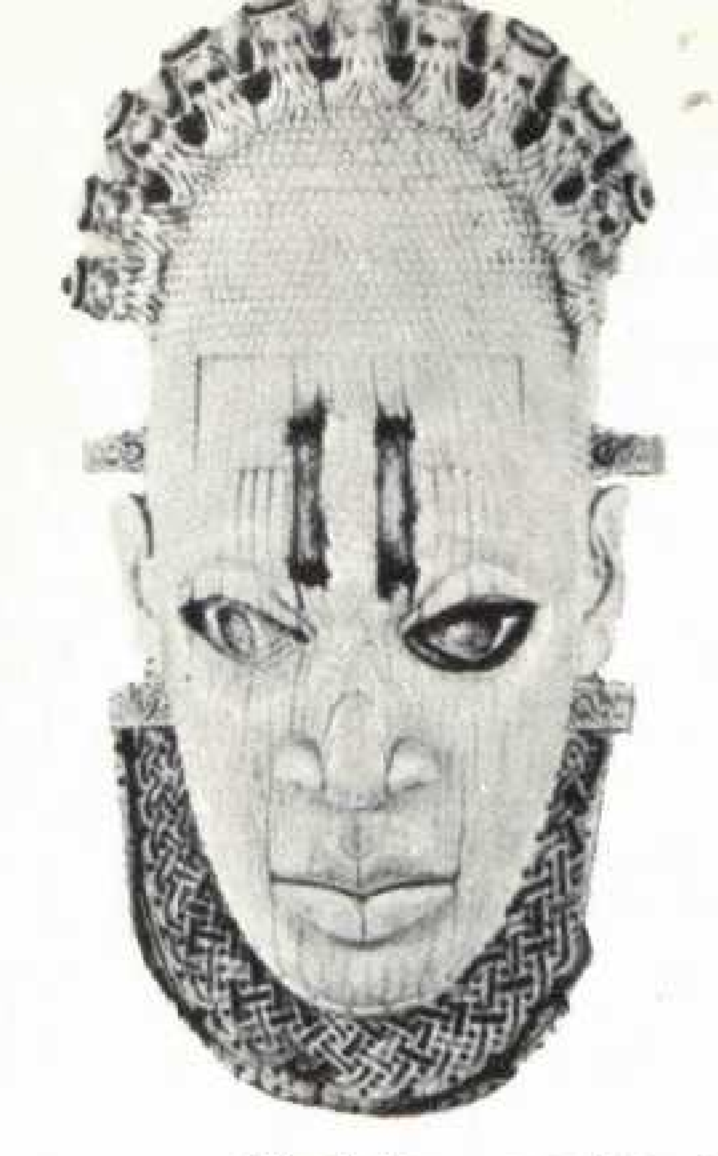
Otras presencias coloniales en esta zona fueron: la de España, con derechos de soberanía sobre Guinea Ecuatorial tras los tratados de San Ildefonso y El Pardo (1777-78) con Portugal y que inició su establecimiento en Fernando Poo en 1843, donde fundó Santa Isabel, y la de Alemania, que se estableció en 1884 en Camerún.

Factor totalmente nuevo en esta región fue la creación de la República de Liberia por los esclavos liberados procedentes de Estados Unidos, que tras fundar comarcas y ciudades, como Monrovia, desde 1821, se unieron en 1834 dando nacimiento al Estado independiente que en 1847 se constituyó como República.

La gran rivalidad en Africa central se planteó entre Bélgica y Francia, enfrentadas por los respectivos proyectos de Leopoldo II y de Savorgnan de Brazza.

Bélgica se estableció en la vasta región del Congo gracias a la actividad del rey Leopoldo y a las exploraciones de Stanley en sus viajes de 1871-72 —el de su encuentro con Livingstone—, y de 1874-77, firmando varios tratados con los indígenas.


AFRICA EN 1884
MAR
MEDITERRANEO
IMPERIO
OTOMANO
MADEIRA (Port.)
CANARIAS
Ifni (esp.)
Rabat
Fez
Ceuta
Melilla
Orán
Argel
Túnez
Malta (brit.)
MARRUECOS
Marrakech
ARGELIA
Ouargla
TUNICIA
Trípoli
TRIPOLITANIA
Bengasi
CIRENAICA
CHIPRE (Brit.)
Alejandría
El Cairo
Canal de Suez
EGIPTO (Vas. otom.) (Ocup. brit. 1882)
Asuan
Uadi Alfa
R. Nilo
MAR ROJO
La Meca
Suakin
Villa Cisneros
RIO DE ORO (Prot. esp.)
Taoudenni
TUAREG
Ghat
Merzuq
FEZZAN
Bilma
SENUSSI
Araouane
DESIERTO
DEL
SAHARA
St. Louis
SENEGAL
Dakar
DJOLOF
Bathurst
Tombuctú
DOMINIOS DEL AHMADU SEFU
Kayes
Bamako
Segú
R. Niger
Agadés
ZINDER
Sokoto
Kukawa
BORNU
Kano
CALIFATO DE SOKOTO
FUTA DJALON
DOMIN. DE SAMORI
Bissandugu
KONG
Kong
Uagadougou
MAMPRUSI
SIERRA LEONA
Freetown
LIBERIA
Monrovia
ASHANTI
Kumasi
COSTA DE ORO
Grand-Bassam
Accra
Lomé
TOGO
DAHOMEY
Porto Novo
Lagos
NUPE
IBADAN
Yola
BAGUIRMI
IBO
CAMERUN (Prot. alem.)
Duala
I. Fernando Poo (esp.)
I. Príncipe (port.)
GUINEA ESP.
FANG
Libreville
I. S. Tomé (port.)
GABON
I. Annobón (esp.)
OCEANO
ATLANTICO
I. Ascensión (brit.)
I. Santa Elena (brit.)
UADAI
Abeché
DOMINIOS DE RABEH
R. Ubangui
NGALA
R. Congo
DOMINIOS DEL MAHDI
Dongola
Jartum
El Fasher
El Obeid
Fashoda
ECUATORIA
Gondokoro
Massaua
Assab (Ital.)
Adén (brit.)
Obok (fr.)
Gondar
DANAKIL
ETIOPIA
Addis Abeba
Berbera
SOMALIA BRIT.
Harrar
KAFFA
GALLA
L. Rodolfo
SOMALI
Mogadiscio
MASAI
KIKUYU
L. Victoria
BOBAMGI
MONGO
TEKE
DOMINIOS DE TIPU TIB
Kasongo
BURUNDI
NYAMWEZI
Tabora
YAKA
KUBA
L. Tanganika
LUBA
KATANGA
KAZEMBE
UHEHE
BEMBA
YAO
Luanda
CHOKWE
Benguela
ANGOLA
LAMBA
NGONI
L. Nyassa
SULTANATO DE ZANZIBAR
Mombasa
Zanzíbar
Kilwa
COMORES
I. Nosy Be (fr.)
I. St. Marie (fr.)
MERINA
Tamatave
MASIKORO
BARA
ROTSE
R. Zambeze
Tete
MOZAMBIQUE
Sofala
OCEANO
INDICO
MATABELE
Bulawayo
MANGWATO
HERERO
DESIERTO DE KALAHARI
BECHUANA
HOTENTOTE
AFRICA ORIENTAL ALEMANA
Bahía de la Ballena (brit.)
Lüderitz
TRANSVAAL
Pretoria
Lourenço Marques
ORANGE
Bloemfontein
ZULULANDIA
NATAL
Durban
R. Orange
COLONIA DE EL CABO
TEMBU
PONDO
East London
Port Elizabeth
Ciudad del Cabo
1 Bondu
2 Gambia (brit.)
3 Guinea portuguesa
4 Yatenga
5 Uagadougou
6 Gurma
7 Dagomba
8 Godja
9 Benin
10 Bunyoro
11 Buganda
12 Toro
13 Ankolé
14 Basutolandia
15 Gosen
16 Stellalandia
17 Repúbl. Nieuwe
Estados africanos
Imperio otomano
Estados boers de Africa austral
Egipto en 1881
Colonias de:
Gran Bretaña
Francia
Portugal
España
Alemania



Leopoldo II, que había fundado en Bruselas la Asociación Internacional Africana, llegó a un acuerdo con Stanley en 1878, que llevó al explorador a un nuevo viaje al Congo y al proyecto de creación en 1879 del Estado libre del Congo, dependiente del rey belga.

Francia desarrolló paralelamente la empresa de Savorgnan de Brazza en la región norte del Congo, extendiéndose desde Gabón: entre 1875 y 1884 exploró el río Ogoué y firmó el tratado con Makoko, abriendo la vía de penetración hacia Africa central en rivalidad con el proyecto de Leopoldo II.

Otras potencias actúan sobre la región: Portugal desde Angola, con apoyo británico, firmándose entre ambas los tratados de 1882-84, y Alemania desde Camerún, que entra en el juego colonial por la política bismarckiana iniciando el *scramble* de Africa, según el término utilizado por primera vez por el *Times*.

Africa oriental y austral

En Africa oriental se desplegó la acción colonial por varias potencias europeas, localizada en áreas concretas y sobre la que se acabó imponiendo la rivalidad entre británicos y alemanes.

Gran Bretaña fue dominando paulatinamente territorios de la región penetrando desde Egipto por el Nilo y desde Zanzíbar. Estableció su autoridad en Sudán desde 1866 hasta 1885, cuando la resistencia de El Mahdí ocupó Jartum, donde murió el gobernador Gordon, organizó en el sur la provincia de Ecuatoria y controló los reinos interlacustres, Buganda y Kenia, y en 1884 se asentó en la que fue Somalia británica.

Alemania, tras varias expediciones y firmas de tratados, se estableció en Tanganica en 1884; mientras, Francia ocupó Obock en Somalia en 1882 e impuso un tratado de protectorado sobre Madagascar en 1885. Italia, por su parte, desplegó su acción colonial entre 1870 y 1880 sobre los territorios del mar Rojo, estableciéndose en Eritrea y Somalia.

Africa austral se convirtió durante todo el siglo XIX en la encrucijada de acción y choque de los intereses coloniales de diversas potencias y pueblos, que originaron fuertes rivalidades y enfrentamientos y que dieron gran movilidad y agitación a su historia: portugueses, alemanes, británicos, boers actuaron sobre la resistencia de los bantúes.

Portugal, que poseía desde los siglos anteriores las zonas costeras de Angola en el Atlántico y Mozambique en el Indico, aspiraba a unirlas por el interior y organizó las expediciones de S. Porto en 1853 y de S. Pinto en 1877, entrando en rivalidad con Inglaterra. Alemania, por su parte, se estableció en 1884 en Africa del suroeste.

En Africa del Sur, los holandeses poseían desde 1652 la colonia de El Cabo, que en 1815 pasó a la soberanía inglesa, originándose honda rivalidad entre las poblaciones boer y británica. Los boers emigraron hacia el interior en dirección noreste —es el *Great Trek* en 1836-44— y fundaron los Estados libres de Orange y Transvaal —que en 1860 se transformó en la República Sudafricana—, y donde en 1867 se descubrieron yacimientos de diamantes y oro.

Gran Bretaña poseía las colonias de El Cabo y Natal —anexionada en 1843—, se extendió por los territorios bantúes de Basutolandia en 1868, Bechuanalandia y Swazilandia en 1885, derrotó a los zulúes en 1879 y se enfrentó repetidamente a los boers desde 1854, contra los que mantuvo la hostilidad en los tiempos de Cecil Rhodes (1853-1902) —que conquistó y fundó la colonia de Rhodesia en 1889-91— y que desembocó en la guerra anglo-boer de 1899-1902.

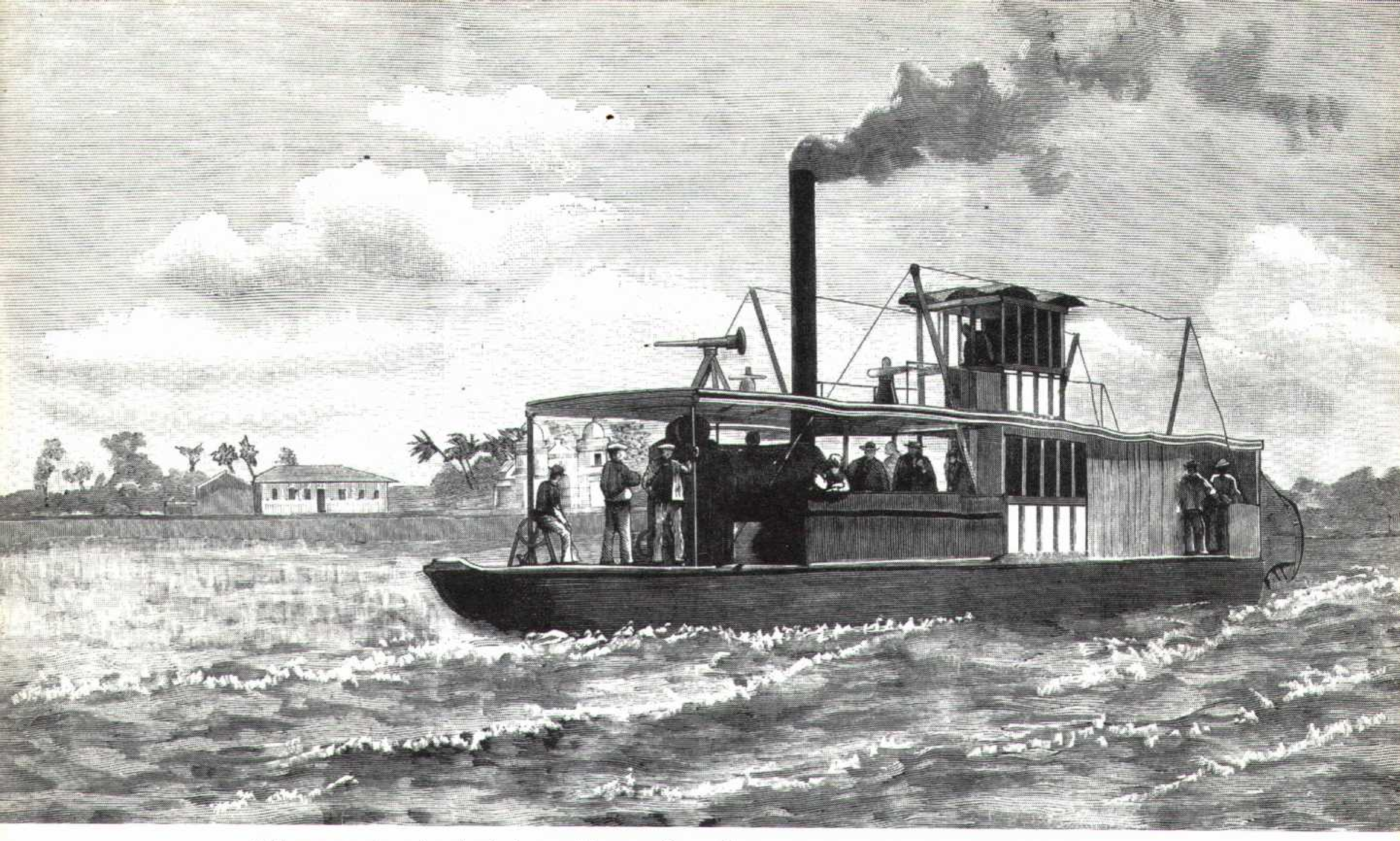
De esta manera, la creciente actividad desarrollada por viajes y exploraciones, descubrimientos y ocupaciones, con anterioridad a 1884, que incrementaron las presencias coloniales europeas en toda Africa y provocaron una serie compleja de tensiones y rivalidades entre los países europeos, crearon en la conciencia y en los intereses internacionales, junto a otros factores, la idea de celebrar una conferencia general que tratara y regulara la complicada situación creada en Africa.

En vísperas de que tal reunión se convocara en Berlín, se unieron nuevos hechos y circunstancias a la situación existente desde años atrás. Por entonces, y a modo de síntesis, la distribución colonial no había completado aún la ocupación total del continente y la acción europea se seguía localizando en varios puntos y áreas concretas, aunque rivalizando en sus respectivos proyectos de expansión.

En el norte de Africa, Francia estaba en Argelia y Túnez, y Gran Bretaña actuaba en Egipto; en Africa occidental, también Francia ocupaba Senegal, Costa de Marfil, Guinea y Gabón; Inglaterra estaba en Gambia, Sierra Leona, Costa de Oro y Lagos; Portugal, en Guinea y Angola, y España, en Guinea Ecuatorial.

En Africa oriental, Francia e Italia, en el mar Rojo y Somalia; Inglaterra, además de en ambas zonas, en Sudán y Ecuatoria, y Portugal, en Mozambique; por último, en Africa austral, además del proyecto portugués sobre el territorio entre Angola y Mozambique, los ingleses se encontraban en El Cabo, y los boers en los países interiores.

Las nuevas circunstancias que determinaron una mayor rivalidad entre los imperialismos provocando la radicalización de los antagonismos coloniales fueron variadas y entrelazadas: quedan relacionadas al tratar sobre la preparación de la conferencia, que es convocada por Bismarck para su celebración en Berlín en noviembre de 1884, entre las potencias interesadas y que acordarán las normas para el reparto colonial de Africa.



Cañonero portugués a las órdenes del mayor Serpa Pinto en la desembocadura del río Zambeze

La Conferencia de Berlín

Por Julia Moreno García
Profesora de Historia Contemporánea. Universidad Complutense de Madrid

EL desarrollo de los viajes de exploración por el interior de Africa, unido a la creciente presencia europea en ese continente, hace que en la década de 1880 se empiece a pensar en ordenar los asuntos africanos para evitar enfrentamientos entre los distintos países europeos con posesiones en el continente negro. Esto es lo que representa la Conferencia de Berlín (noviembre 1884-febrero 1885).

Antes de la celebración de la Conferencia, la situación en Africa era la siguiente:

Confirmación de la presencia británica en Egipto (después de la revuelta nacionalista de Arabí Pachá) con la penetración hacia el interior y Sudán por el Nilo y en Africa austral hacia el Zambeze y sobre los boers.

Presencia francesa en el norte tras la ocupación de Argelia y Túnez y penetración en el oeste desde Senegal, así como desde Gabón en el Congo.

Aparición del imperialismo belga, representado por su rey Leopoldo II, quien, a través de la Asociación Internacional del Congo, aspira a crear un estado en el centro del continente bajo su control directo; el intento de Leopoldo II provoca la rivalidad con Francia y Portugal en esta zona.

Irrupción de Alemania como potencia colonial, en vísperas de la Conferencia, con la ocupación de Togo, Camerún, Tanganika y Africa del Sudoeste.

Portugal, por su parte, intenta ocupar el interior entre Angola y Mozambique, y a todo lo anterior se añade el eco provocado por el colonialismo italiano en Africa oriental.

Ante esta situación, que ponía en peligro la delicada balanza de poder entre las naciones europeas y sus intereses económicos en el mundo, se celebra la Conferencia de Berlín.

La Conferencia

La Conferencia, convocada conjuntamente por Francia y Alemania, se inaugura el 15 de noviembre de 1884. A ella asisten catorce países. De ellos solamente Gran Bretaña, Francia, Alemania, Portugal, la Asociación Internacional del Congo y, en menor medida, Holanda estaban directamente interesados en los problemas africanos. El resto de los países asistentes (con insignificantes intereses coloniales) eran: Austria-Hungría, Bélgica, Dinamarca, Italia, Rusia, Suecia-Noruega, España, Turquía y Estados Uni-



dos. Ningún Estado africano estaba representado.

Sentados ante una mesa con forma de herradura, los representantes tendrían presentes sus urgentes deberes contemplando un extenso mapa de Africa dibujado por Kiepert. De esta escena deriva el mito de que la Conferencia de Berlín repartió Africa.

A las dos en punto, Bismarck abrió la primera sesión y aceptó la presidencia. Aseguró que el propósito de la Conferencia era promover la civilización de los africanos abriendo el interior del continente al comercio. Después definió los tres objetivos específicos de la reunión: libertad de comercio en el Congo; libertad de navegación en el Congo y el Níger, y acuerdo sobre las formalidades de válida anexión de territorios en el futuro. Señaló, igualmente, que no se entraría en cuestiones de soberanía. Y tras insistir en que la Conferencia serviría a la causa de la paz y la humanidad, Bismarck finalizó su discurso, dando una impresión de incertidumbre y ambigüedad.

El primer problema planteado es la libertad de navegación en el Congo y el Níger. Gran Bretaña señala que la situación del Congo es totalmente diferente de la del Níger. El Gobierno británico se opondría a cualquier tipo de control internacional sobre el bajo Níger al considerar esta zona asunto exclusivamente británico, donde Gran Bretaña acepta responsabilidades de administración.

No obstante la negativa inglesa a discutir la cuestión del Níger sobre la misma base que el Congo, Gran Bretaña asegura que se adherirá al principio de libre navegación. Para conseguir una mayor extensión del libre comercio en el Congo, Bismarck apoyará a Gran Bretaña en el Níger, donde quedó predominante sin la amenaza de una interferencia internacional.

El segundo problema, y el principal, de la Conferencia estaba referido al futuro del Congo y su cuenca. En este asunto jugó un importante papel H. M. Stanley, quien acudió a la Conferencia como un delegado americano cuando, en realidad, era un agente de Leopoldo.

Señalando lo beneficioso del libre comercio, argumentó a favor de la creación de una zona lo más amplia posible. La propuesta de H. M. Stanley y J. A. Kasson, delegados americanos, delimitaba la cuenca *geográfica y comercial* del Congo ocupando la zona central del continente con salida al mar por el océano Atlántico y el Indico.

Los británicos se negaron a la inclusión en la cuenca de las fuentes del Nilo e insistieron en que el libre comercio no afectaría a las posesiones continentales del sultán de Zanzíbar. Aseguradas estas restricciones, Gran Bretaña aceptó la delimitación de la cuenca comercial del Congo. Francia y Portugal se opusieron, puesto que la salida al Atlántico estaba incluida en sus respectivas áreas de influencia.

Una vez delimitada, en forma aproximada, la zona de libre comercio en el centro de Africa, el siguiente paso fue la sanción del Estado Libre del Congo, creado a partir de la Asociación Internacional del Congo y puesto bajo la soberanía de Leopoldo II. Los gobiernos alemán y americano fueron los instrumentos de su creación, pero el apoyo británico también fue necesario (a cambio de su victoria en el Níger).

Bismarck pidió ayuda al embajador británico para que la Asociación Internacional del Congo se convirtiera en Estado. Este fue el momento crítico de la Conferencia. La negativa británica dejaría el Congo abierto a una rivalidad territorial en la que Francia y Portugal serían, probablemente, las ganadoras a expensas del libre tráfico, y Bismarck, posiblemente, no apoyaría a Gran Bretaña en el Níger.

Aunque con reticencias y cierta desconfianza, Gran Bretaña, presionada por la opinión pública y comercial, así como por un marcado francofobismo, admitió el reconocimiento del futuro Estado.

Desde diciembre, la Asociación Internacional del Congo luchó por su supervivencia frente a las dos naciones con reclamaciones territoriales en el Bajo Congo: Francia, que reclamaba la orilla norte, y Portugal, que lo hacía de la sur. Si se realizaban sus ambiciones territoriales, el nuevo Estado estaría cerrado al mar.

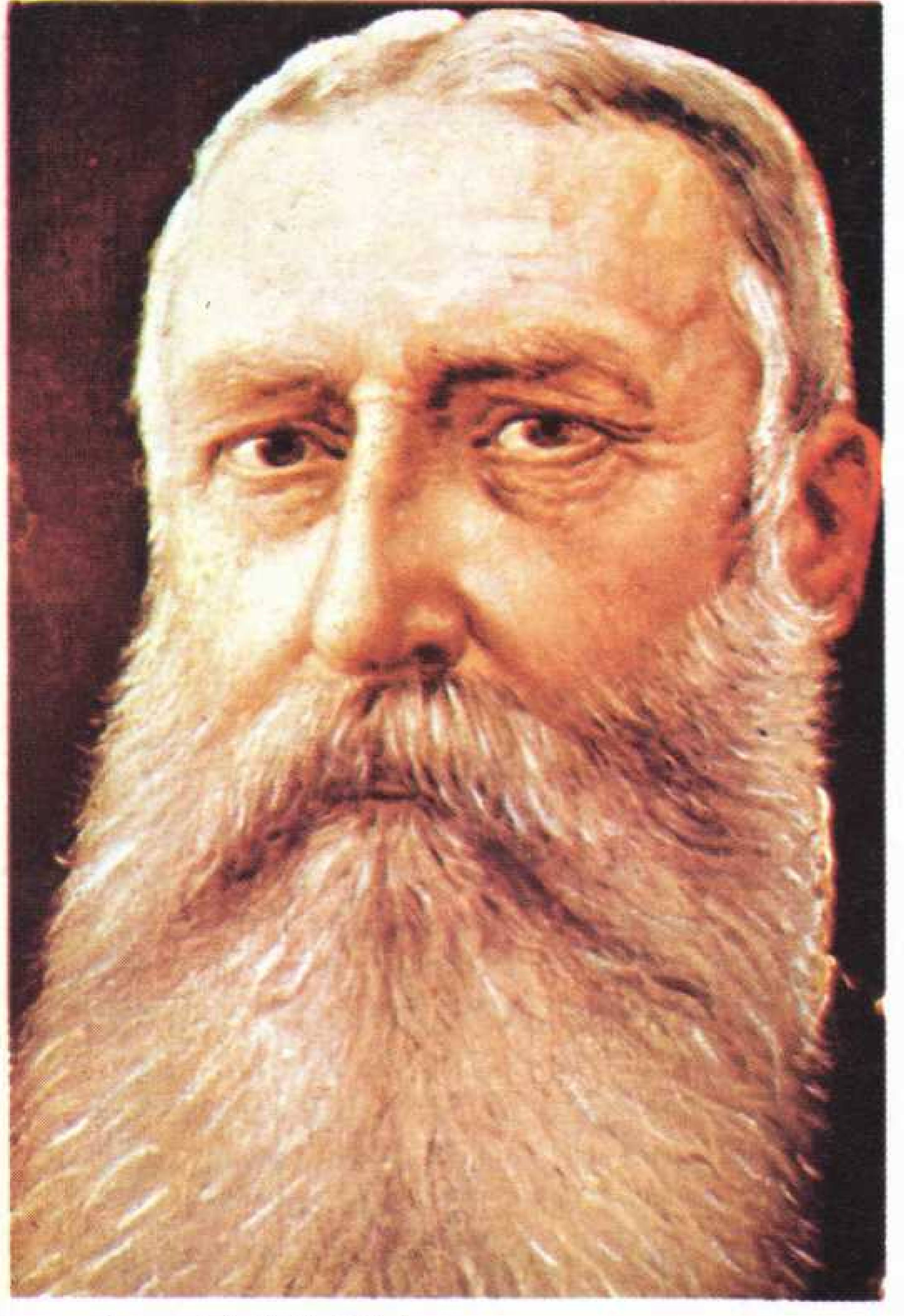
Después de duras negociaciones, Francia ofreció limitar su reclamación a los 5° 12', dando de esta forma una delgada banda de territorio con salida al mar, a cambio de un acuerdo de prioridad: cuando la Asociación Internacional del Congo se hundiese, el Estado Libre del Congo pasaría a Francia.

Por su parte, Portugal consintió establecer el límite de su reclamación en Nokki, en la orilla sur del Congo, después de un ultimátum franco-británico-alemán. De esta forma quedaban cerradas las negociaciones territoriales en la Conferencia. El naciente Estado limitaba en el interior con el lago Tanganika y tenía un acceso al Atlántico.

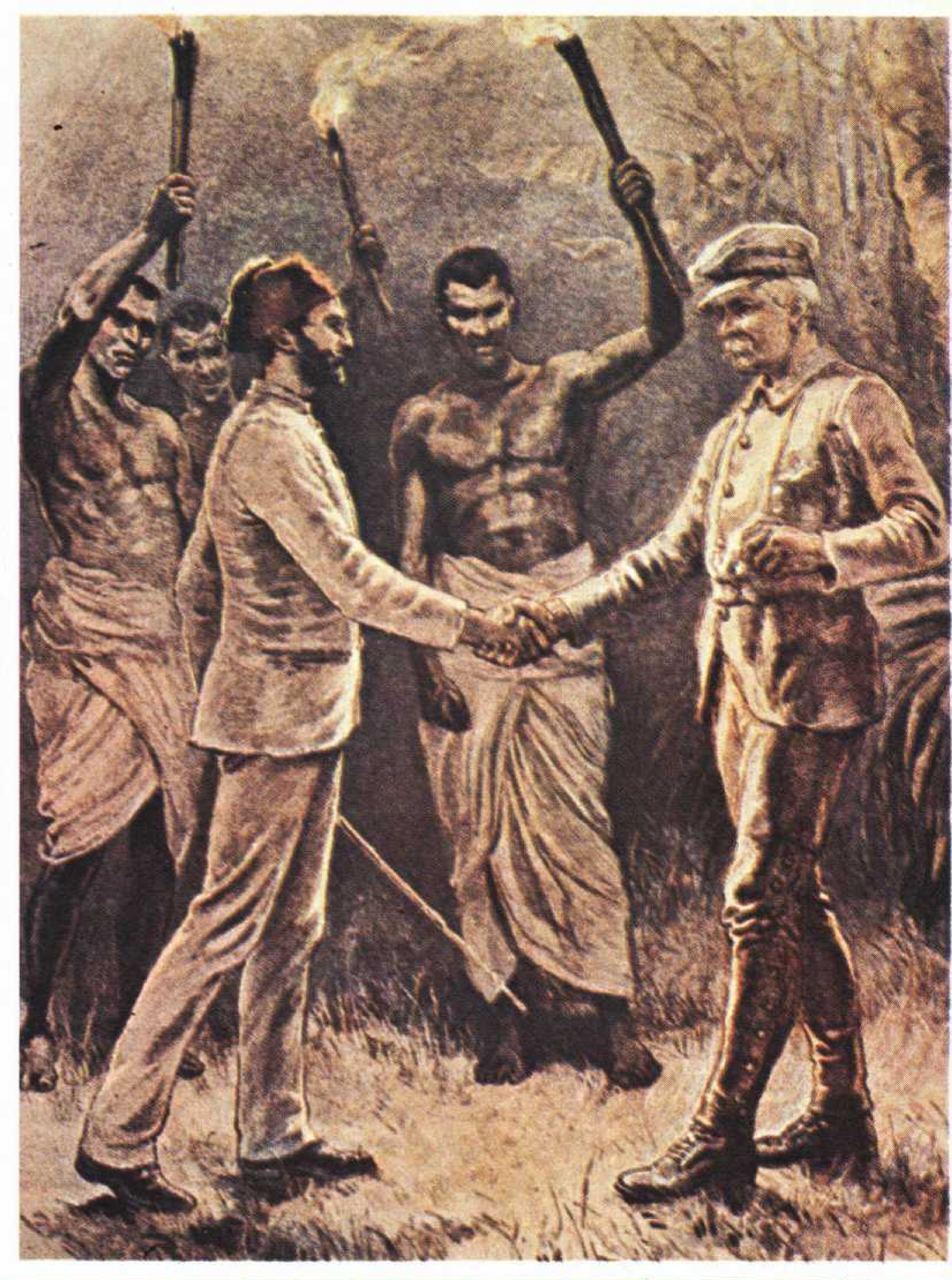
Limitado territorialmente el nuevo Estado, el siguiente paso sería protegerlo mediante un acuerdo mutuo entre las naciones que garantizase la neutralidad del territorio. La proximidad daba a Francia y Portugal razones para oponerse a la neutralidad, argumentando que eso sería una transgresión de sus derechos de soberanía.

Bismarck favoreció la neutralidad porque, en tiempos de guerra, los barcos alemanes en aguas africanas serían vulnerables al poder marítimo británico. Para Gran Bretaña la neutralidad era una espada de doble filo: útil si frenaba a Francia; molesta si limitaba la acción británica en una guerra general.

Finalmente se llegó a un compromiso por el cual el país que poseyese territorios en la cuenca del Congo tenía la facultad de proclamarse



Leopoldo II de Bélgica



Stanley encuentra a Emin Pachá

La libertad de comercio en el Congo y la libre navegación en los ríos Congo y Níger fueron objetivos prioritarios de la Conferencia

AFRICA CENTRAL, 1885-1905

- Area de libre comercio establecida en la Conferencia de Berlín
- El Estado Libre del Congo en 1885
- El Estado Libre del Congo, 1894-1908
- 1890, año de delimitación de frontera

NIGERIA (Prot. brit., 1900) · Yola · R. Níger · CAMERUN (Prot. alem., 1884) · Duala · FERNANDO POO (Esp.) · RIO MUNI · Libreville · CONGO FRANCES · Brazzaville · Cabinda · Boma · Leopoldville · ESTADO LIBRE DEL CONGO (1885) · R. Ubangui · R. Uele · R. Aruwimi · Stanleyville · R. Congo · L. Leopoldo · R. Lomami · Nyangwane · Luluabourg · Albertville · R. Kasai · R. Lualaba · Elisabethville · SUDAN ANGLO-EGIPCIO (Condominio, 1899) · Fashoda · R. Nilo · Lado · ETIOPIA (Prot. ital., 1889-96) · Addis Abeba · SOMALIA ITALIANA (1889) · UGANDA · L. Alberto (Prot. brit., 1894) · L. Rodolfo · AFRICA ORIENTAL BRIT. (Prot., 1895) · L. Victoria · AFRICA ORIENTAL ALEMANA (Prot., 1890) · L. Tanganika · Mombasa · ZANZIBAR (Prot. brit., 1890) · Dar-es-Salaam · OCEANO INDICO · OCEANO ATLANTICO · Luanda · ANGOLA · Benguela · R. Zambeze · RHODESIA (Prot. brit., 1888) · NYASALANDIA · L. Nyassa · MOZAMBIQUE



neutral, y los demás países respetarían la neutralidad de cualquier Estado que la proclamase.

El tercer problema estaba centrado en la regulación del procedimiento para la adquisición de nuevos territorios en Africa. El punto central dependía del concepto de *anexión* y *protectorado*.

Para los británicos, la *anexión* era la directa asunción de la soberanía territorial, mientras que el *protectorado* reconocía el derecho de los aborígenes a su propio país, sin asunción de derechos territoriales por el país protector.

Frente a esta definición, Francia y Alemania propusieron que tanto los protectorados como las anexiones llevaran aparejadas una jurisdicción efectiva, para garantizar que las nuevas adquisiciones fueran reales y no supuestas.

Gran Bretaña rehusó adherirse al principio de que los protectorados implicaban responsabilidad administrativa y judicial. Esta postura dio la impresión del rechazo británico al principio de *ocupación efectiva* con el fin de poder reclamar protectorados, para evitar, de esa forma, el avance de otras naciones. El temor a que por su intransigencia no se pudiese llegar a un acuerdo final y el hecho de que la ocupación efectiva detendría los propósitos anexionistas francés y alemán, llevó a Gran Bretaña a la aceptación, en principio, de la ocupación administrativa y judicial del protectorado.

Entretanto, Bismarck había cambiado de parecer, señalando que la frase del protectorado debía ser modificada en el sentido de que solamente se requeriría la notificación de ocupaciones a lo largo de las costas africanas.

El cambio alemán pudo deberse al convencimiento de que ya no había territorios a lo largo de la costa a los que pudiera aplicarse este principio.

El acta final

Una vez discutidos y resueltos los problemas planteados al comienzo de las sesiones, los delegados redactaron el acta final, que fue firmada el 26 de febrero de 1885. El acta constaba de siete capítulos, estructurados de la siguiente manera:

1. Declaración relativa a la libertad de comercio en la cuenca del Congo, sus desembocaduras y países circunvecinos, con una serie de disposiciones relativas a la protección de los indígenas, de los misioneros y de los viajeros, y a la libertad religiosa.
2. Declaración referente a la trata de esclavos.
3. Declaración relativa a la neutralidad de los territorios comprendidos en la cuenca convencional del Congo.
4. Acta de navegación del Congo.
5. Acta de navegación del Níger.
6. Declaración relativa a las condiciones esenciales requeridas para que sean consideradas efectivas las nuevas ocupaciones en las costas del continente africano.
7. Disposiciones generales.

Las dos potencias coloniales importantes del momento, Francia y Gran Bretaña, tuvieron suerte diversa en la Conferencia. Mientras Francia nada ganó, Gran Bretaña consiguió el control unilateral del Níger (que suponía el fin de la esperanza francesa de controlar la zona), el establecimiento de una zona de libre comercio en el centro de

El canciller Otto von Bismarck

Edward B. Malet, delegado británico en la Conferencia

Africa y el mantenimiento de una clara distinción entre anexión y protectorado. Por su parte, Leopoldo II consiguió el reconocimiento de su soberanía sobre el Estado Libre del Congo.

El mayor logro de la Conferencia de Berlín parece haber sido el establecimiento de una zona de libre comercio en el Congo. Aunque en líneas generales los acuerdos contenidos en el acta final de la Conferencia fueron puestos poco en práctica: la navegación en el Níger y en el Congo fue más nacional que internacional (una comisión encargada de controlar el libre tráfico nunca fue constituida, aunque este hecho estaba recogido en el acta final); el libre comercio evolucionó rápidamente a un régimen de monopolio y las ocupaciones fueron más por fuerza que por reconocimiento internacional.

En suma, la Conferencia de Berlín ni precipitó ni regularizó la disputa por Africa; simplemente señaló el hecho de su participación. La intrusión europea había estado en marcha antes de la Conferencia y la rápida ocupación que siguió fue un resultado directo de sus deliberaciones.

Hay que añadir, respecto a la idea de que Africa fue repartida en la Conferencia de Berlín, tres cuestiones: 1) el verdadero imperialismo de reparto data en realidad de la generalización en torno a 1890 de la noción de *esfera de influencia* que era contraria a la de *ocupación efectiva* definida por la Conferencia, y que aparece por primera vez en Africa negra en el tratado germano-británico de 29 de abril de 1885 sobre el golfo de Biafra; 2) la expansión colonial en Africa ha sido siempre, para las cancillerías, una cuestión secundaria subordinada al juego de alianzas y rivalidades en Europa, y 3) la aceleración del reparto fue función de los nacionalismos y del progreso técnico en Europa, tratándose de asegurar el futuro de la gran industria en pleno desarrollo.

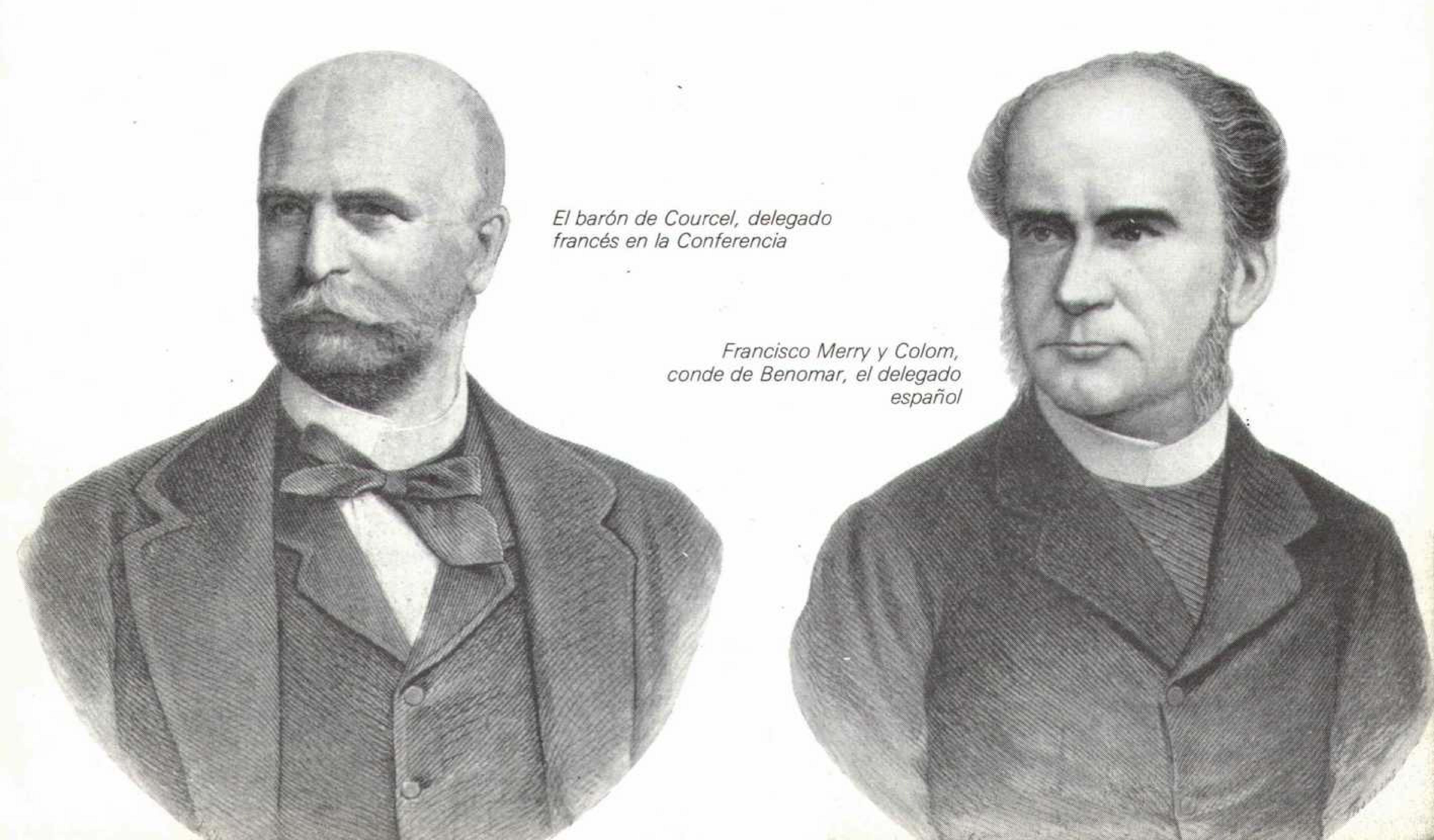
El colonialismo europeo, que en Berlín había señalado la partición de Africa, se acabó imponiendo sobre unos Estados que eran expresión de la madurez de las estructuras sociopolíticas de las culturas y poblaciones africanas.

Frente a la invasión europea se produjeron los intentos de integración de grandes Estados africanos, que se enfrentaron violentamente a la presencia europea, y que animan los movimientos de resistencia y los levantamientos antioccidentales.

Los más señalados son: en Africa occidental, los grandes Estados están representados por Usman dan Fodio (1754-1817) y El-Hadch Omar Tell (1797-1864) en el Sudán occidental, y Samori Turé (1830-1900) en Guinea. Las resistencias antieuropeas continúan, en esta región, con Lat-Dyor Diop (1886) en Senegal, y más hacia el sur por el Imperio de Amadu (1880-1898), y los reinos Ashanti (1896) y Dahomey (1890) en la región guineana.

En Africa oriental, los grandes Estados son los de El Mahdi (1881-1885) en Sudán, continuado por su sucesor Abdallah (1885-1898), y el unificado y fuerte reino de Etiopía, bajo el reinado de Menelik II (1889-1913). Por último, en Africa austral se organiza el poderoso Imperio zulú bajo el gobierno de Chaka (1816-1828), continuado por su sucesor Dingane (1824-1840).

Pero tales movimientos de lucha y resistencia africanas quedaron derrotados sucesivamente ante la invasión europea, y a fines del siglo XIX practicamente toda Africa estaba repartida y sometida entre los distintos sistemas coloniales europeos. Sólo había quedado fuera de la presencia europea el reino de Etiopía.



El barón de Courcel, delegado francés en la Conferencia

Francisco Merry y Colom, conde de Benomar, el delegado español

El reparto

Por Miguel G. Orozco
Historiador

A lo largo de dos tercios del siglo XIX, de las dos únicas grandes potencias que había en Europa, Francia e Inglaterra (ni Alemania ni Italia existían entonces como Estados unitarios), la segunda aventajaba claramente a la primera en cuanto a influencia en Africa.

Los conflictos europeos y las crisis internas habían afectado seriamente el impulso colonial francés. Suprimido además el tráfico de esclavos, el comercio con Africa llegó a tener tan poco interés para algunos países europeos que Dinamarca y Holanda, por ejemplo, vendieron a Londres sus estaciones en la costa occidental africana.

Gran Bretaña era, por tanto, dueña y señora de los mares que rodeaban el continente y también del comercio con éste. Y ante este panorama, no es extraño que la política británica para con Africa se basara en un modelo de colonialismo informal.

Como no había amenazas estratégicas, no era necesario ocupar los territorios, lo que implicaba considerables gastos de administración. Bastaba tener diseminados por la costa unos cuantos puestos militares o incluso comerciales y unos pocos cónsules.

Repartirse el pastel

Pero hubo de desecharse el modelo cuando aparecieron aspirantes a repartirse el pastel africano. Además del empuje imperialista de los nuevos Estados, Alemania e Italia, Francia salió de su derrota ante Alemania en 1871 con un mayor impulso colonial, y el rey de los belgas, protegido por Bismarck, había logrado adjudicarse un enorme imperio en el mismo centro de Africa.

Esas nuevas potencias con apetencias coloniales impusieron a Gran Bretaña, y también a Portugal —que reivindicaba la posesión de enormes franjas de la costa africana sin ejercer de hecho su ocupación—, las reglas del juego desarrolladas en la Conferencia de Berlín.

En Berlín, además de regularse el régimen futuro del Estado del Congo y de reconocer, como contrapartida concedida a Gran Bretaña, la hegemonía de esta potencia sobre la cuenca inferior y media del Níger, se estableció una norma extremadamente simple pero de enormes consecuencias para el futuro inmediato del continente: para reivindicar la posesión de un territorio en Africa era necesario realizar antes una ocupación efectiva del mismo.

Y lo que es más, la mera existencia de estaciones o puestos en las costas no era suficiente para reivindicar el *hinterland,* sino que éste debía ser ocupado por la potencia en cuestión, notificándolo a los demás países...

Ya en 1884, anticipándose a la Conferencia, y sobre todo en 1885, se registraron incursiones europeas en las costas de Africa, con objeto de poder reivindicar esos territorios en la Conferencia o de notificar a las potencias su ocupación, conforme preveía el acta de Berlín.


Gran Bretaña sería la peor parada de estas incursiones, que se producían en zonas de antigua y bien establecida influencia o dominio informal británico. Estas incursiones, sobre todo las alemanas, provocaron el inicio de la carrera entre las potencias para asegurarse posiciones en el continente, sin saber con certidumbre para qué iban a valer los territorios que adquirían.

A veces, como en los casos de Gran Bretaña y Francia, se ocupaba un territorio para confirmar una presencia efectiva anterior. En otros, simplemente porque se le consideraba tierra de nadie y otra potencia podría adelantarse. E incluso a veces se hacía por disponer de un medio de trueque en el complejo rompecabezas diplomático europeo.

El primero en iniciar el despojo en aquellos años fue Bismarck. Así, el explorador Gustav Nachtigal partió de Europa el 19 de mayo de 1884 e inmediatamente se anexionó una franja de territorio en la zona de influencia británica del Africa occidental —territorio que luego se convertiría en la colonia alemana de Togo—.

El 14 de julio, Nachtigal estaba en las costas de Camerún, donde concluyó un *tratado* (1) de protectorado con el rey Bell de Duala. Cuando el cónsul británico en Fernando Poo, Hewett, que había sido instruido por su Gobierno para hacer efectiva la antigua presencia en la zona mediante *tratados,* llegó cinco días después al mismo lugar, se encontró con que los alemanes se le habían adelantado y no le quedó, por tanto, más alternativa que retirarse. El temor británico se confirmaba.

Hewett, sin embargo, no había perdido el tiempo. Antes de llegar a Duala había recorrido la cuenca inferior del Níger para concluir allí una serie de *tratados* con los jefes locales. Estos



Free Town, Sierra Leona, a mediados del siglo XIX



acuerdos, tomados en su conjunto, establecían de hecho un protectorado británico sobre la región y sirvieron para afianzar la posición de Londres en Berlín como *potencia del Níger*.

Nada más finalizada la Conferencia, Gran Bretaña concluyó con Alemania un acuerdo sobre la esfera de influencia británica en la región. En junio de 1885, el *London Gazette* publicaba el anuncio formal del establecimiento de un protectorado británico en el sur de lo que más tarde sería Nigeria.

Es aquí, en Nigeria, donde nace la primera de las compañías *con carta,* es decir, con plenos poderes para explorar y anexionarse territorios, para colonizarlos y explotarlos económicamente.

Hasta 1884 habían operado en la cuenca del Níger una serie de compañías, unidas en 1869 en la National African Company, y dedicadas al comercio con los nativos, sobre todo en aceite de palma. Estas compañías llegaron a suscribir *tratados* con algunos jefes locales, sin que estos acuerdos fueran considerados por Londres como vinculantes para su Gobierno.

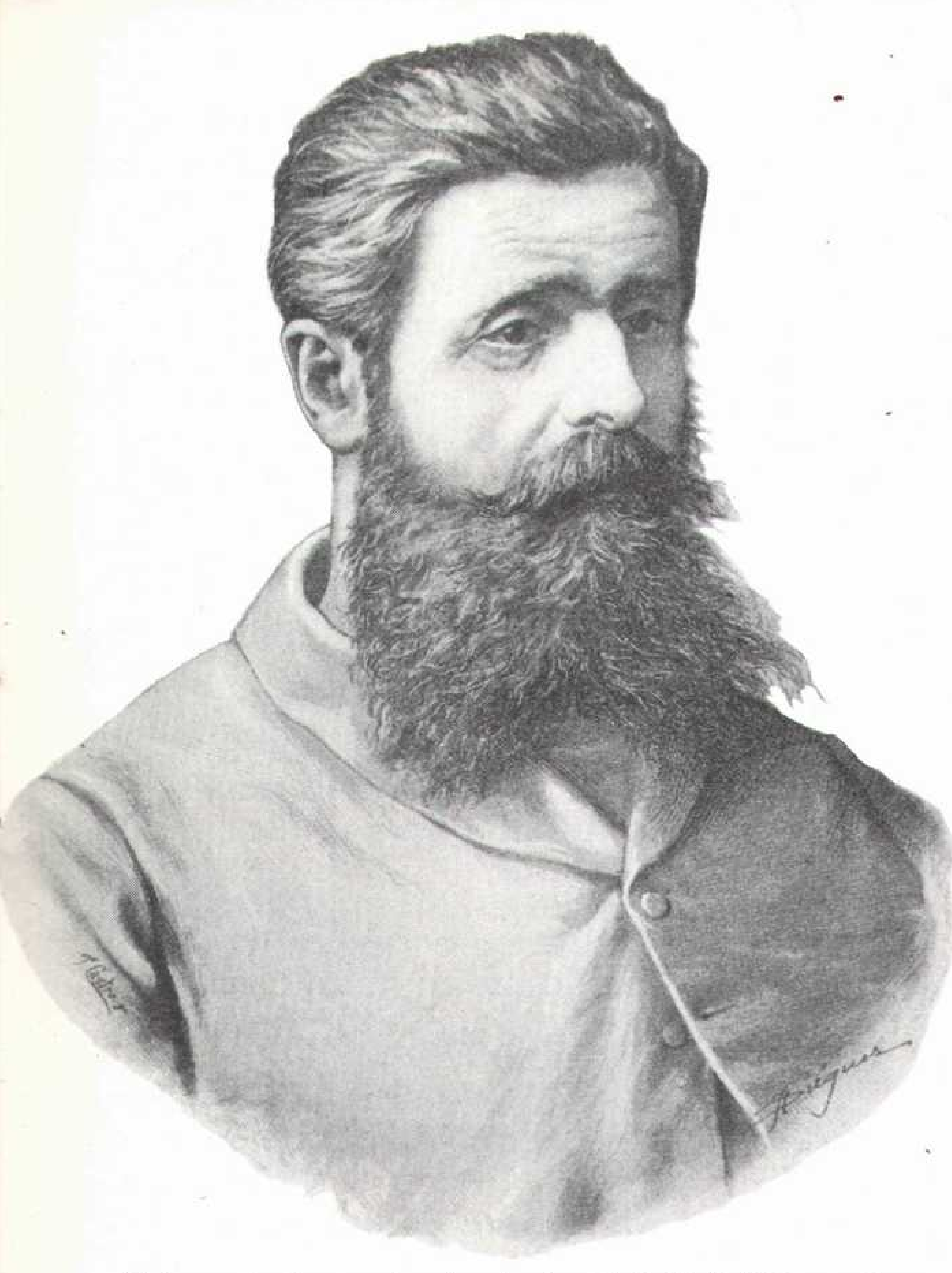
A la vista de las penetraciones alemanas, Londres concluyó acuerdos directamente con los jefes, y entonces se planteó la gran cuestión: Gran Bretaña ya había establecido su protectorado, pero ¿quién iba a ejercer las responsabilidades coloniales? ¿El Gobierno británico directamente? La decisión final fue convertir a la National African Company de George Taubman Goldie en Royal Niger Company, a la que se encomendaban todas las responsabilidades de la administración del territorio, incluida su defensa. De este modo, Gran Bretaña no tenía que asumir responsabilidades políticas directas, lo que provocaría enormes reparos en Londres.

Esa misma actitud reticente hacia la asunción de responsabilidades políticas y militares directas por parte del Gobierno británico posibilitó también el afianzamiento de la presencia alemana en Africa del sudoeste, donde en abril de 1883 se había establecido una pequeña estación comercial alemana.

Al Gobierno de la colonia británica de El Cabo, que ya disponía de completa autonomía interna desde 1872, no le pareció nada bien la presencia alemana cerca de sus territorios, especialmente porque el autor del asentamiento alemán en Angra Pequeña (junto a Walfisch Bay) no era otro que Herr Lüderitz, quien había servido en el pasado de enlace entre el Reich alemán y los Boer del Transvaal.

Londres venía observando con preocupación la tendencia de sus colonias de población a establecer una suerte de *doctrina Monroe* sobre los territorios vecinos, doctrina que tocaba a la Armada británica sostener. Así, cuando en abril de 1884 el Gobierno alemán anunció que protegería el asentamiento de Lüderitz, Londres aceptó el hecho consumado.

Danza ritual en el poblado de Mukenge (Africa central) a finales del siglo XIX



El doctor Junker, explorador alemán del río Uellé-Makua, afluente del Congo (1878-86)

Soldados de la guardia alemana en alta Tanzania a comienzos del siglo XX

Probablemente la más dura concesión que hubieron de hacer los británicos a los alemanes fue en Africa oriental. Allí los intereses británicos no eran comerciales, sino esencialmente estratégicos.

Como es sabido, India fue siempre la principal posesión colonial de Londres y también la única por la que el contribuyente británico estaba dispuesto a soportar una carga financiera considerable. Pues bien, los británicos habían quedado marginados de la construcción del canal de Suez —lo que en la década de los ochenta se corrigió con la ocupación de Egipto de 1882 y la compra de acciones de la compañía— y su posición hegemónica en los accesos a India por el Indico había sido seriamente amenazada. En Madagascar habían desembarcado los franceses en 1883, procediendo a establecer un protectorado sobre la isla dos años más tarde, y acabando entretanto con una importante presencia misional y comercial británica.

Más al norte se encontraban las posesiones del sultán de Zanzíbar, que nominalmente controlaba una enorme franja de territorio costero entre el actual Mozambique y el extremo oriental de la costa africana, en la actual Somalia.

En Zanzíbar, la influencia británica era predominante, especialmente desde que en 1873 había sido nombrado consul general sir John Kirk. Los británicos habían logrado persuadir al sultán Barghash para que suprimiera el tráfico de esclavos, le habían construido un ejército y habían apoyado sus reivindicaciones territoriales, ocu-



pando en su nombre una serie de puertos en el litoral africano.

Pues bien, en 1884 el explorador alemán Karl Peters partió para la zona, sin apoyo oficial, y concluyó por su cuenta una serie de *tratados* de protectorado con jefes de la región de lo que luego sería Tanganika, los cuales aseguraban que no dependían del sultán Barghash.

En febrero de 1885, Peters volvía a Berlín y entregaba los acuerdos a su Gobierno, que se abstuvo de hacerlos públicos para no complicar el panorama diplomático, hasta entonces muy favorable para sus intereses. Sin embargo, el 3 de marzo, un día después de que los delegados extranjeros abandonaran la capital alemana, Bismarck anunció el establecimiento de un protectorado alemán sobre los territorios visitados por Peters.

Era la primera vez que se ponía en práctica lo acordado en la conferencia y quedaba de manifiesto que en Berlín se había dado la salida a una feroz carrera por el despojo del continente africano.

El anuncio alemán tomó evidentemente por sorpresa a las cancillerías europeas. Francia y Gran Bretaña se pusieron inmediatamente de acuerdo en que había que volver a negociar con Alemania.

En noviembre de 1885 se estableció una comisión tripartita que delimitaría las fronteras de los dominios del sultán. Entretanto, dos destructores alemanes habían llegado a Zanzíbar, convenciendo a Barghash para que reconociera la presencia alemana en Tanganika.

La comisión de límites llegó a un acuerdo en octubre de 1886, en el que se reconocía la jurisdicción del sultanato sobre la costa, al tiempo que Alemania *compraba* la franja que había ocupado y Gran Bretaña arrendaba los territorios que hoy forman la costa de Kenya.

Ya en 1877, el armador escocés sir William MacKinnon había lanzado la idea de crear una compañía que administrase, en nombre del sultán de Zanzíbar, la enorme extensión de terreno situada entre la costa y el lago Victoria.

El proyecto había recibido toda clase de apoyos por parte de los comerciantes británicos, que esperaban que la zona se convirtiese en una nueva colonia de población, a la vista de lo benigno del clima y lo apropiado del suelo.

Tanto Salisbury como Gladstone se habían opuesto a la extensión de las responsabilidades británicas en Africa oriental. Pero los tiempos habían cambiado. A Gladstone le había hecho caer la muerte de Gordon y la pérdida del Sudán a manos de los mahdiistas. Además, si no se afianzaba el dominio británico sobre sus zonas de influencia mediante ocupaciones efectivas, se corría el peligro de que otras potencias los tomaran, como venían haciendo Francia y Alemania. Así, en 1888, se creaba la Imperial British East Africa Company, presidida por MacKinnon.

Poco tiempo después, en 1890, la situación de Africa oriental quedaba definitivamente fijada mediante acuerdos entre las tres potencias. Salisbury proclamaba su protectorado sobre Zanzíbar y sus dominios, y este protectorado era reconocido por Alemania a cambio de algunas pequeñas concesiones en Togo y Camerún, de la franja de Caprivi que permitía el acceso al Zambeze desde el Africa del sudoeste alemana, y de la isla de Heligolandia en el mar del Norte, que permanecía en manos británicas desde las guerras napoleónicas.

Francia también reconocía el protectorado británico sobre los dominios del sultán, a cambio de que Londres reconociera la posesión francesa de Madagascar. Por otra parte, las fronteras de las posesiones portuguesas en lo que ahora es Mozambique, quedaban fijadas mediante un acuerdo por el que Lisboa renunciaba de hecho a la continuidad geográfica entre las colinas del este y el oeste. El reparto del oriente africano se unía, por tanto, a la expansión desde el sur que venía propiciando Cecil Rhodes.

En el extremo sur del continente, la rivalidad no se daba entre varias potencias europeas, sino más bien entre británicos, boers y pueblos africanos.


Los ingleses habían ocupado la colonia de El Cabo en 1795, en el curso de las guerras napoleónicas, expulsando a los boers hacia el oeste. En 1845, preocupados como siempre por la ruta de la India, los británicos se habían anexionado Natal, con lo que los boers hubieron de contentarse con permanecer en Orange y el Transvaal.

En 1852 y 1854, Gran Bretaña reconoció la independencia de las dos repúblicas boers, aunque en 1877 consiguieron forzar al Transvaal a integrarse en la corona británica, a cambio de la intervención de ésta para derrotar militarmente a los zulúes. Nueve años antes, en 1868, Londres se había anexionado Basutolandia, mientras que en 1885 hacía lo propio con la enorme Bechuanalandia (la moderna Botswana), como compensación a la adquisición alemana de Africa del sudoeste un año antes.

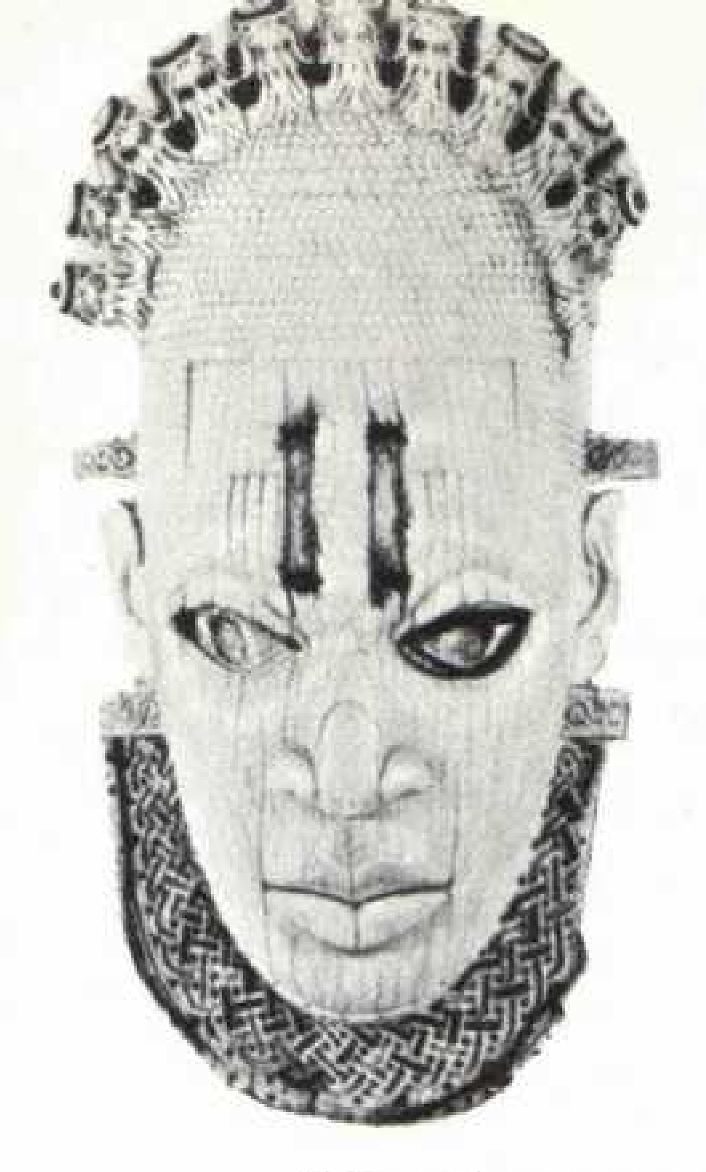
Los boers estaban casi completamente rodeados por posesiones británicas. Tan sólo quedaba libre un camino de expansión para ellos: el norte.

La ambición nunca ocultada de Rhodes era construir un enorme imperio colonial británico que llegara desde El Cabo hasta El Cairo. Pero en 1870, cuando él llegó a Sudáfrica, la única posesión inglesa en toda la ruta era la propia colonia de El Cairo. Al norte de ella se encontraban los boers de Orange y Transaval y una enorme franja de tierra desconocida que se prolongaba hasta el Sudán nilótico, saqueado y ocupado parcialmente por los egipcios, vasallos del imperio turco.

En su camino hacia el norte, Rhodes contaba con la llamada *ruta de los misioneros*, que atravesando Bechuanalandia evitaba el paso por las repúblicas boers para acceder a las tierras de los shona y los matabele. Su British South Africa Com-



DODECANESO
(It. 1912)
CHIPRE-
(Brit. 1878)
Guerra italo-turca
(1911-12)
MAR
MEDITERRANEO
IMPERIO
OTOMANO
Damasco
Bagdad
PERSIA
CIRENAICA
(Imp. Ot. ha. 1912)
Alejandría
Port-Said
El Cairo
KUWAIT
(Brit. 1898)
1919
LIBIA
(It. 1912)
EGIPTO
(Ocup. brit. 1882)
REINO
DEL
NEDJEZ
Ryad
QATAR
TRUCIAL
-OMAN
MAR
Asuán
Wadi-Halfa
La Meca
1896
1897
Port Sudán
Dongola
AFRICA
1924
SUDAN
Atbara
1891
ROJO
OMAN
1898
Kitchener
vence a los
mahdistas
(2-IX-98)
Onduman
Jartum
Massaua
Sana
1889
ERITREA
HADRAMAUT
1920
Sennar
Adua
Derrota italiana
(1896)
SOCOTORA
(Brit. 1886)
ECUATORIAL
El Fasher
El Obeid
1898
Aden (Brit. 1839)
Gondar
Obok
(Fr. 1864)
1902
1891
ANGLO-EGIPCIO
1899
SOMALIA BRIT.
(Egipto ha. 1884)
Fachoda
FRANCESA
Addis Abeba
Harrar
1897
ETIOPIA
SOMALIA
Incidentes
franco-brit.
(25-IX-98)
1898
1902
1908
(Prot. 1899)
OCEANO
ECUATORIA
Juba
1910
ITALIANA
1914
1907
1891
ESTADO
UGANDA
(Prot. brit. 1890)
1902
AFRICA OR.
Mogadiscio
Stanleyville
BRITANICA
DEL
INDICO
1890
1890
Nairobi
CONGO
(Belg. 1898)
AFRICA OR.
ALEMANA
Mombasa
AFRICA ORIENTAL (1885-1914)
Dominios del Mahdi (1881-1898)
Etiopía en 1881
Conquista de Menelick II (1881-1900)
Avance anglo-egipcio en el Sudán
Ruta de
Marchand
Dominios coloniales (1914):
Británicos
Italianos
Franceses
Belgas
Alemanes



pany vio facilitado su camino con la anexión de Bechuanalandia, lo que le permitió lanzarse a la conquista de las tierras del soberano matabele, Lobengula.

En 1887, Lobengula había firmado con los hermanos Grobler del Transvaal un *tratado* por el que se confería a los boers considerables derechos en sus dominios. Este acuerdo resultó decisivo para afianzar la posición de Rhodes frente a Londres.

Rhodes era el único hombre capaz de detener el avance boer. Tras forzar a Lobengula a repudiar el tratado con los boers y firmar en sustitución la famosa *Concesión Rudd* con el lugarteniente de Rhodes, éste obtuvo, finalmente, la Carta que le permitía explorar y anexionarse cuanto territorio pudiera en el Africa central. Así, en el verano de 1890, los hombres de la compañía desplegaron la bandera británica en Fort Salisbury, que sería después la capital de la Rhodesia británica.

Volvemos ya al punto del acuerdo británico con Portugal, logrado gracias a la presencia de la flota británica frente a las costas de Mozambique para doblegar la *estúpida insistencia patriótica* del Gobierno de Lisboa. El ultimátum lanzado por los británicos a Portugal dio como resultado el reconocimiento portugués de la presencia británica en Nyassalandia (la moderna Malawi), en Rhodesia y en Barotselandia (la moderna Zambia).

Los tres territorios serían ocupados por agentes de la compañía en el curso de la década de los noventa. Rhodes había cumplido la parte que le correspondía en el ambicioso proyecto.

Sólo quedaba un obstáculo para la construcción del imperio británico de El Cairo a El Cabo: la Tanganika alemana, y éste fue salvado mediante un acuerdo con el rey Leopoldo II de Bélgica, por medio del cual éste cedía a Gran Bretaña una franja de territorio entre Uganda y Rhodesia. Pero Francia y Alemania protestaron, amenazando con dejar de reconocer la ocupación británica.

Sin embargo, conviene recordar que, cuando en 1896 Kitchener comenzó a construir el ferrocarril desde Egipto a Sudán, utilizó el mismo ancho y tipo de vía que en Sudáfrica, mostrando así que el proyecto no había sido olvidado del todo.

Las ambiciones francesas

Si los británicos pensaban construir un imperio que uniera el extremo norte con el sur del continente, los franceses pensaban más bien en uno que uniera Senegal con la Somalia Francesa. El continente de oeste a este.

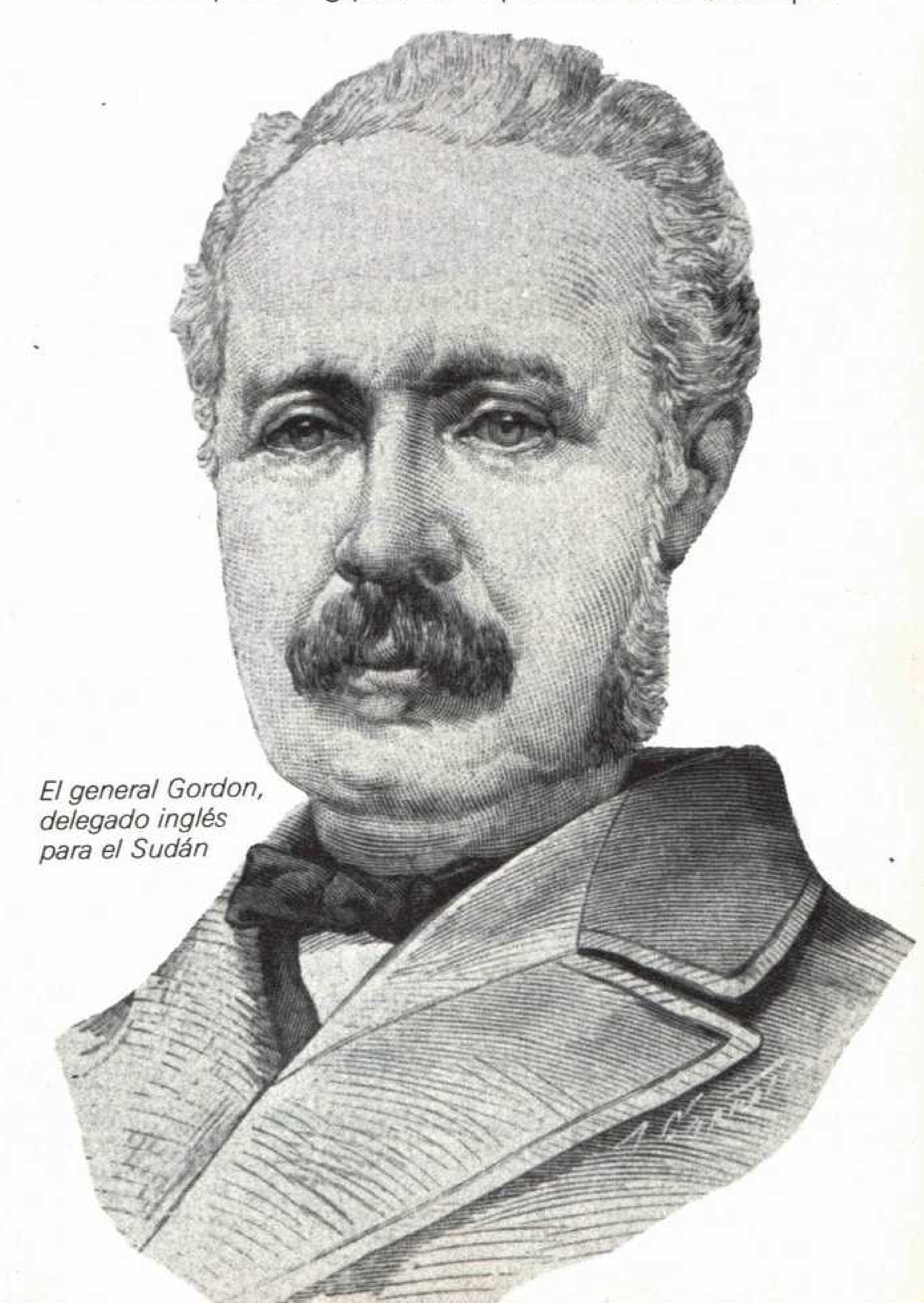
La presencia francesa en Africa occidental era ya antigua. En Senegal se remontaba a 1817; en Argelia, los franceses habían establecido su dominio desde 1830; en Costa de Marfil se daba también una importante presencia gala desde mediados de siglo; finalmente, en Dahomey los franceses ocupaban Cotonou en 1882.

El objetivo a lo largo de la década de los ochenta era unir esas posesiones para así controlar las cuencas alta y media del Níger. El conflicto de interés con los británicos era evidente, pese a que en 1884 las compañías francesas que operaban en el bajo Níger se vieron obligadas a vender sus estaciones por la imposibilidad de hacer frente al *dumping* practicado por los británicos.

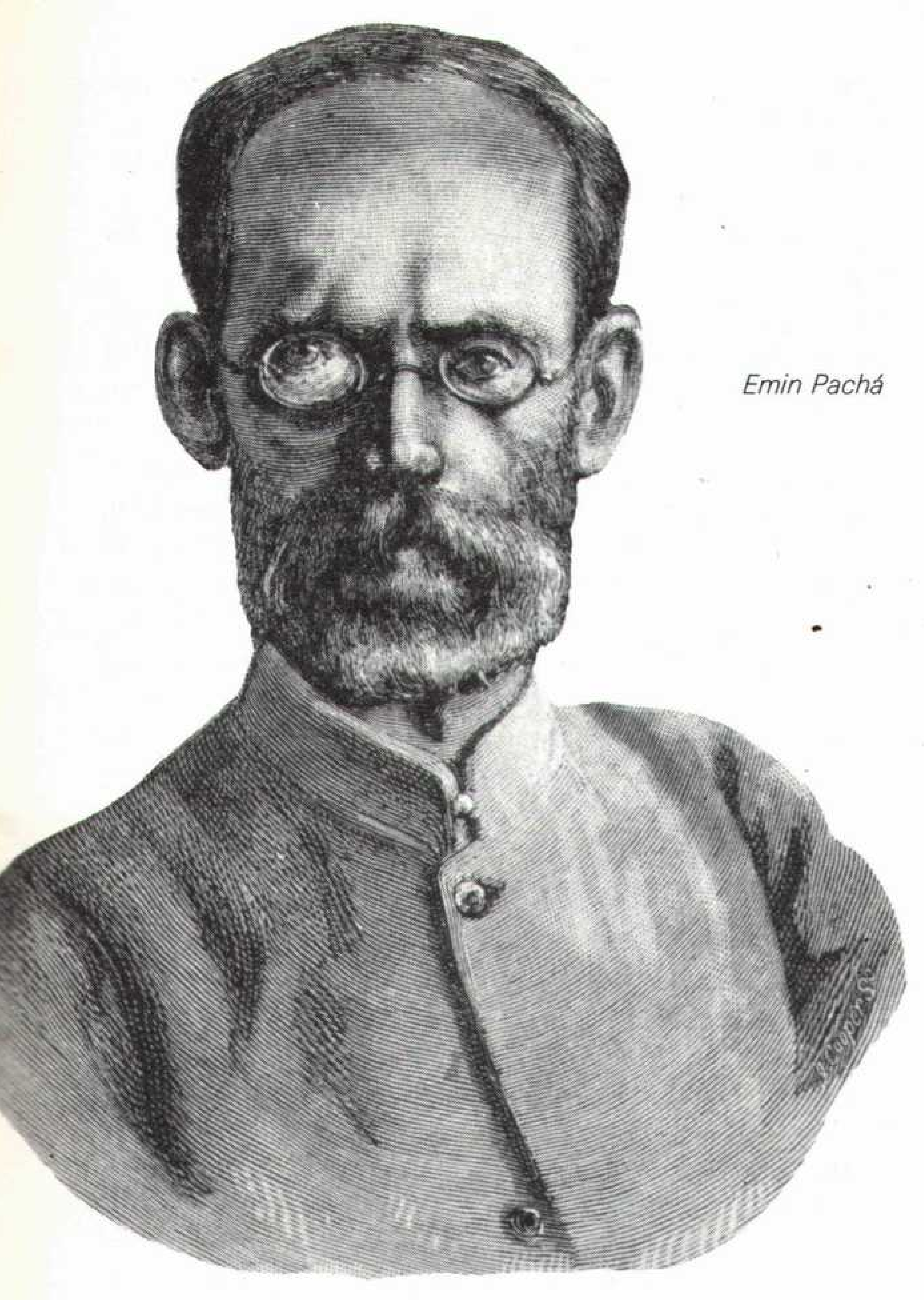
En los años siguientes, los británicos se fueron expandiendo por el norte de la actual Nigeria, mientras Francia afianzaba su dominio sobre el resto del cauce del río. Al eje Dahomey-Argelia-Senegal pronto se unió un cuarto territorio: Gabón, donde los franceses tenían una colonia desde el año 1841.

Partiendo de la costa, el explorador Savorgnan de Brazza concluyó en la década de los ochenta una serie de *tratados* por los que la influencia francesa se extendió al noroeste, entre los territorios asignados a Leopoldo II en Berlín y el Camerún alemán. Pronto los objetivos franceses se centraron en la ocupación efectiva del Chad y en la confluencia de las cuencas del Congo y el Nilo, en lo que ahora es la Región Sur del Sudán.

La práctica totalidad del Sudán había caído en manos del Mahdi en 1885 (quedaban sin ocupar el puerto egipcio de Suakín, defendido por una guarnición británica, y la provincia de Ecuatoria, donde resistía el austriaco Emin Pachá). Londres no había mostrado demasiado interés por recuperar Sudán para Egipto, aunque consideraba que



El general Gordon, delegado inglés para el Sudán



Emin Pachá

seguía perteneciendo al país ahora ocupado por ellos, pese a que Egipto se hubiera visto impedido de ejercer su soberanía sobre él. Los franceses, por el contrario, consideraban a Sudán *tierra de nadie*, que podía ser conquistada por el primero que llegase.

Al tiempo que afianzaban su presencia en Somalia y Etiopía, apoyando a Menelik contra los italianos, los franceses lanzaron desde 1893 una serie de expediciones que, partiendo de Gabón, llegaran a la cuenca alta del Nilo.

Los comandantes Monteil y Liotard aseguraron el control francés sobre el Ubangui, en lo que ahora es República Centroafricana. Otro comandante francés, Marchand, partía del Congo francés al mismo tiempo que Kitchener abandonaba Egipto.

Los objetivos de los dos hombres eran los mismos: asegurar el control del Nilo para su país. Pero mientras Kitchener iba a la cabeza de un impresionante ejército que además de conquistar el país construía un ferrocarril que lo unía para siempre al Mediterráneo, Marchand iba acompañado sólo por un pequeño grupo de soldados y porteadores.

Cuando Kitchener derrotó a los mahdiistas en la batalla de Omdurmán, en septiembre de 1898, Marchand ya se había instalado en Fashoda, en la actual provincia sudanesa del Nilo Alto. Kitchener fue inmediatamente a su encuentro y le conminó a abandonar Fashoda.

Sometido el asunto a París y Londres, el Gobierno francés no tardó en reconocer que la posición

El califa Abdullahi camino de la batalla de Ondurman (1898)



británica era enormemente mejor que la francesa y, lo que es más importante, que para quien tenía verdadera importancia Sudán era para Gran Bretaña, la potencia de Egipto.

Sudán quedaba, pues, nominalmente en manos de Egipto, aunque el condominio establecido allí difería muy poco del dominio británico absoluto en otros confines del mundo. De hecho, Londres llegó a expulsar temporalmente de Sudán a los administradores egipcios, poniendo de manifiesto quién era el verdadero dueño del país.

El reparto, completo

Cerrada la crisis de Fashoda, que en Europa se temió quizá equivocadamente que podía conducir a un enfrentamiento militar entre Francia y Gran Bretaña, el reparto de Africa quedó virtualmente completo.

En 1898, meses antes del incidente de Fashoda, británicos y franceses habían concluido un tratado por el que se fijaban las fronteras del enorme imperio francés en Africa occidental y ecuatorial. En cuanto a los alemanes, éstos habían recibido en los repartos iniciales más de lo que podían gestionar efectivamente, y de hecho se habían enfrentado a numerosos levantamientos de los nativos, con lo que no aspiraban a extender sus dominios, al menos en Africa negra.

Los italianos, por su parte, que habían ocupado Eritrea en 1883 y Somalia en 1889, vieron frenadas sus aspiraciones cuando en 1896 fueron estrepitosamente derrotados por los ejércitos abisinios de Menelik en Adua, lo que paradójicamente significó la entrada en el reparto colonial de una potencia africana: Abisinia, que dobló su territorio ocupando lo que ella consideraba también como tierra de nadie.

Los dos últimos episodios que cierran el reparto son la extensión del dominio británico sobre la totalidad de Sudáfrica y la culminación del sometimiento del norte de Africa a las potencias europeas.

En cuanto a Sudáfrica, Rhodes, que era primer ministro de El Cabo desde 1890 y había conseguido hacerse con el control de casi toda la riqueza mineral de las repúblicas boers, realizó en 1895 un desesperado intento por hacerse con el control político de ellas. Así lanzó a su lugarteniente Jameson desde Bechuanalandia en un *raid* que esperaba provocaría un levantamiento de los colonos británicos (uitlanders).

El levantamiento no se produjo, pero la normal reacción de protesta del Transvaal sirvió de pretexto a los británicos para provocar la guerra en 1899. El resultado fue, por supuesto, la anexión de las repúblicas boers y el establecimiento, entre 1902 y 1910, de un sistema mediante el cual el poder económico quedaba en manos de los británicos, en tanto que el político era compartido por éstos y los boers. La inmensa mayoría negra quedaba marginada para siempre.

En el norte de Africa, donde los franceses habían ocupado Argelia en 1830 y Túnez en 1881, y los británicos habían hecho lo propio con Egipto en 1882, el reparto se completó con la ocupación italiana de Tripolitania y Cirenaica en 1911-12 y con el reparto de Marruecos entre Francia y España en 1912.

Toda Africa había sido ya repartida como si de un pastel se tratara. Las fronteras entre las posesiones coloniales, que luego hubieron de asumir los Estados que surgieron de ellas en la segunda mitad del siglo XX, habían sido trazadas en las cancillerías europeas sin tener en cuenta nunca a los habitantes nativos.

Así, el trazado de fronteras entre las posesiones coloniales se convertía en una serie de machetazos que dividían para siempre a pueblos hasta entonces indisolublemente unidos: los hausa quedaban separados entre Nigeria y Níger, los ewe entre Ghana y Togo, los somalíes entre las Somalias italiana, francesa, abisinia e inglesa, etcétera.

Contra lo que se ha afirmado repetidamente, los pueblos africanos no se dejaron conquistar de buena gana. La resistencia a la ocupación europea fue la tónica en todos y cada uno de los territorios coloniales. Para someter a los africanos, los europeos hubieron de exterminar a cientos de miles, quizá millones de ellos. El empleo de la fuerza, la presencia de poderosos ejércitos coloniales, de cañones, fusiles, ametralladoras, barcos de guerra, etcétera, es la gran constante en el período de reparto.

Más a menudo de lo que se piensa, el sometimiento de los nativos necesitó el empleo de poderosos ejércitos franceses, británicos, alemanes, italianos o españoles. Baste recordar, a título de ejemplo, las campañas contra los zulúes, el Sudán, Argelia, Marruecos, Africa del sudoeste, Ghana, Malí, Níger, Chad, Tanganika.

En cada una de estas campañas, y en algunos países por partida doble, murieron miles de africanos, se redujeron a cenizas ciudades y campos y se humilló y aplastó a pueblos con siglos de historia.

NOTAS

(1) A lo largo de todo el artículo utilizo la cursiva para distinguir a los *tratados* suscritos por jefes africanos con colonizadores europeos de los tratados suscritos entre las metrópolis coloniales. La razón es muy sencilla: no se puede siquiera denominar del mismo modo a los acuerdos suscritos entre dos potencias que a los que permitieron el despojo de Africa. Un lord canciller británico, lord Selborne, se preguntaba cómo podría nadie ceder todos sus derechos a cambio de los indefinidos beneficios que las compañías británicas les ofrecían. El mismo personaje constató que los *tratados* eran casi siempre impresos prefabricados en Londres, en los que simplemente se inscribía el nombre del nuevo territorio cedido. Los nativos firmantes desconocían, por supuesto, el idioma en que estaban redactados y estampaban simplemente una cruz a su pie, sin saber a qué se habían comprometido.

El Sahara, la tajada española

Por Javier Morillas
Profesor de Estructura Económica. Universidad Complutense de Madrid

EL 3 de noviembre de 1884, España daba comienzo a sus responsabilidades formales en el Sahara occidental; cien años después, este territorio sigue siendo la única ex colonia del continente africano que —al margen de Sudáfrica— no constituye un país independiente libremente organizado de acuerdo a la voluntad de la mayoría de sus habitantes.

Al tomar posesión de esas tierras, España movía también sus peones en la complicada partida del reparto de Africa que tenía enfrentados a los principales países europeos.

Faltaban pocos días para la inauguración de la Conferencia de Berlín, convocada precisamente para ordenar los problemas del colonialismo en Africa, y Cánovas del Castillo no quería enviar allí a sus delegados sin pruebas fehacientes de los derechos españoles a ejercer el dominio del *hinterland* de una costa que era caladero tradicional de los pescadores canarios. Por esa razón había enviado al inquieto viajero Emilio Bonelli Hernando con instrucciones de asegurar esos derechos en la costa sur, frontera a Canarias.

El 3 de noviembre de 1884 el explorador aragonés fondea en Río de Oro y manda construir una caseta sobre la que se iza el pabellón español. Está naciendo Villa Cisneros.

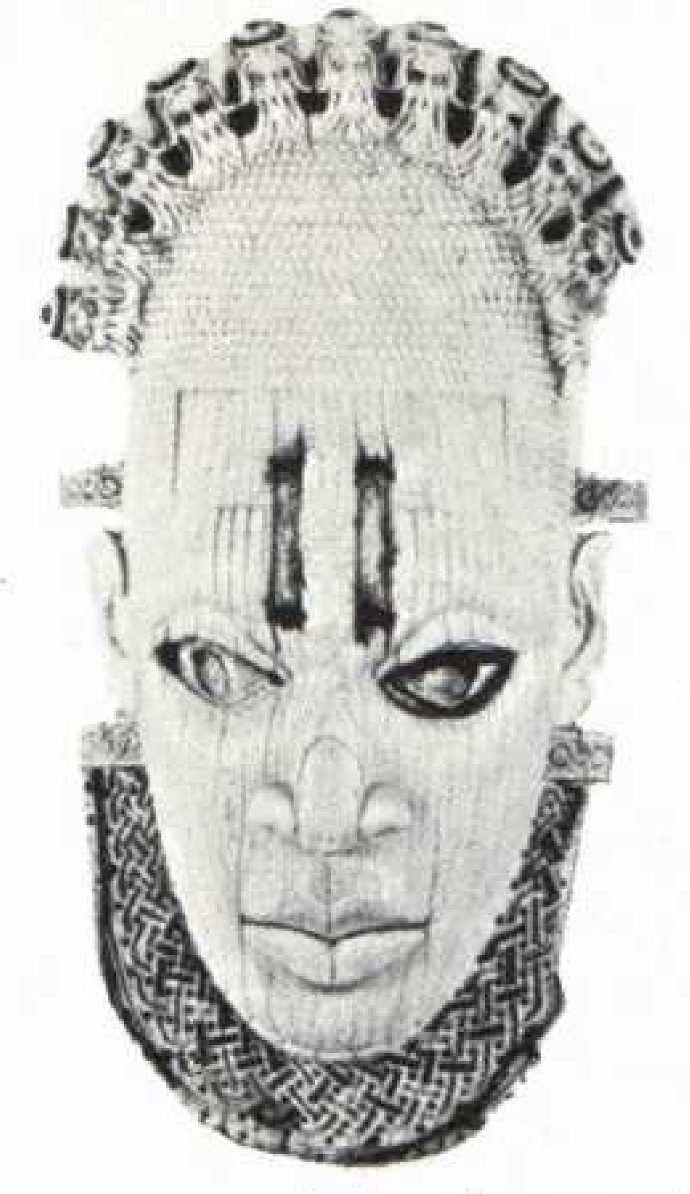
Al desembarcar en un punto de la costa —cuenta Bonelli— *rodearon la lancha varios hombres y mujeres, suplicando les diéramos agua para beber. Uno de aquellos creyentes consumió cinco litros de tan codiciado líquido, y aún creo que hubiera bebido más si se lo hubiese dado... La miseria que domina a estas pobres gentes, la sed y el hambre que revelan sus enjutos rostros y extrañas miradas, sólo se conciben contemplándolos de cerca y conociendo sus condiciones de vida. Para ellos el comer carne es una dicha, fugaz como un meteoro, que se realiza muy de tarde en tarde; los sufrimientos que les ocasiona la sed son tales que, cuando llueve, el moro de aquel litoral rebosa en alegría indescriptible, y cargado con un pellejo de cabra recorre los charcos y hoyos de las piedras donde el agua se conserva más limpia y hasta que no tiene llenas todas las vasijas y envases no descansa en tan alegre tarea.*

Ciertamente, el Sahara occidental —ya visitado en 1346 por Jaume Ferrer— no había ofrecido nunca el aspecto de ser ningún paraíso. Así, cuando los portugueses llegaron en 1436 a aquella lengua del desierto que se metía hacia el mar rompiendo toda la inhóspita monotonía anterior de la costa, dieron a aquel paraje el nombre de Río Douro (1), tratando de asociarlo en lejano parecido al estuario de éste en su país, y que acabó convirtiéndose en Río de Oro por la defectuosa pronunciación castellana.

En Río de Oro faenaban tradicionalmente los pescadores canarios y en septiembre de 1881 tres notables de la tribu Ulad Delim habían acudido a la capital de Lanzarote para firmar la entrega de la citada península a la recientemente constituida Sociedad de Pesquerías Canario-Africanas. A cambio, lo que se esperaba era una pronta presencia española que dotara de vida económica propia al amplio *hinterland* de aquella boca del desierto que ellos lla-



Emilio Bonelli



maban precisamente así, Dájla.

Hacía, pues, pocos meses que la Sociedad de Pesquerías había iniciado sus actividades cuando sobrevino el que se dio en llamar *fatídico* 19 de enero de 1882 con el derrumbe de la Unión General de París, que arrastró tras de sí a las Bolsas europeas. Con las subsiguientes crisis bancarias y el gran bache económico, el reparto de Africa no se va a hacer esperar.

La plaza de Barcelona, de cuyos capitales había salido una buena parte del respaldo financiero de la Sociedad de Pesquerías, es la que primero sufre las consecuencias en España. Y va a ser la Compañía Mercantil Hispano-Africana la que, a instancias de la Sociedad de Africanistas y entre otras personalidades la del polivalente Joaquín Costa, tome el relevo fondeando desde febrero de 1884 sendos pontones —*Inés* y *Libertad*— en Río de Oro y en Cabo Blanco. En estos puntos —*Villa Cisneros* y *Medina Gatell*— y en Angra de Cintra —*Puerto Badía*— será donde Bonelli mande construir sus casetas-factoría. Con fecha 26 de diciembre, el Gobierno de Madrid comunica a las restantes potencias la toma de posesión formal de aquel litoral, quedando la ocupación legalizada.

Se empezó también el primer día a limpiar y ensanchar los pozos existentes. En el más importante de ellos, un pozo de agua dulce situado a 23 kilómetros del extremo de la península y que los nativos aseguraban *fue construido por cristianos náufragos,* la limpieza, según Bonelli, *terminó a las 11 de la mañana, a las 13 horas empezó la extracción de agua y a las 6 se habían obtenido más de 2.000 litros.*

Inmediatamente se iniciaron otras construcciones y se reclutó a la gente que quisiera trabajar. A los pocos días se había formado una cuadrilla de veinte personas de ambos sexos para acarrear agua, arena y piedra, a los que se pagaba por jornal un peine, unas tijeras por cada dos días, un espejo por cada tres y una taza de gofio a cada comida. Eran los primeros salarios regulares que se pagaban en el Sahara occidental.

Pronto, no obstante, empezaron a surgir los problemas. Los saharauis del litoral vivían condenados a vagar por la costa, donde la supervivencia —debido a la salinidad del agua de los pozos y la dificultad de mantener cualquier tipo de ganado— era más que difícil. En un estado de semiesclavitud o esclavitud encubierta —casi ni tan siquiera disfrazada de tributarismo— entregaban pescado a los saharauis del interior, quienes les facilitaban algo de carne y leche obligándoles a recoger, principalmente en la zona de Río de Oro, conchas o caracolas que ellos llamaban *amdjun.* Por 1.500 de éstas luego ellos obtenían para el resto de su vida una útil

esclava negra de diez años, y por 1.000 un esclavo negro. Las conchas eran muy apreciadas en el Sudán para adornos y collares, e incluso llegaban a servir como moneda.

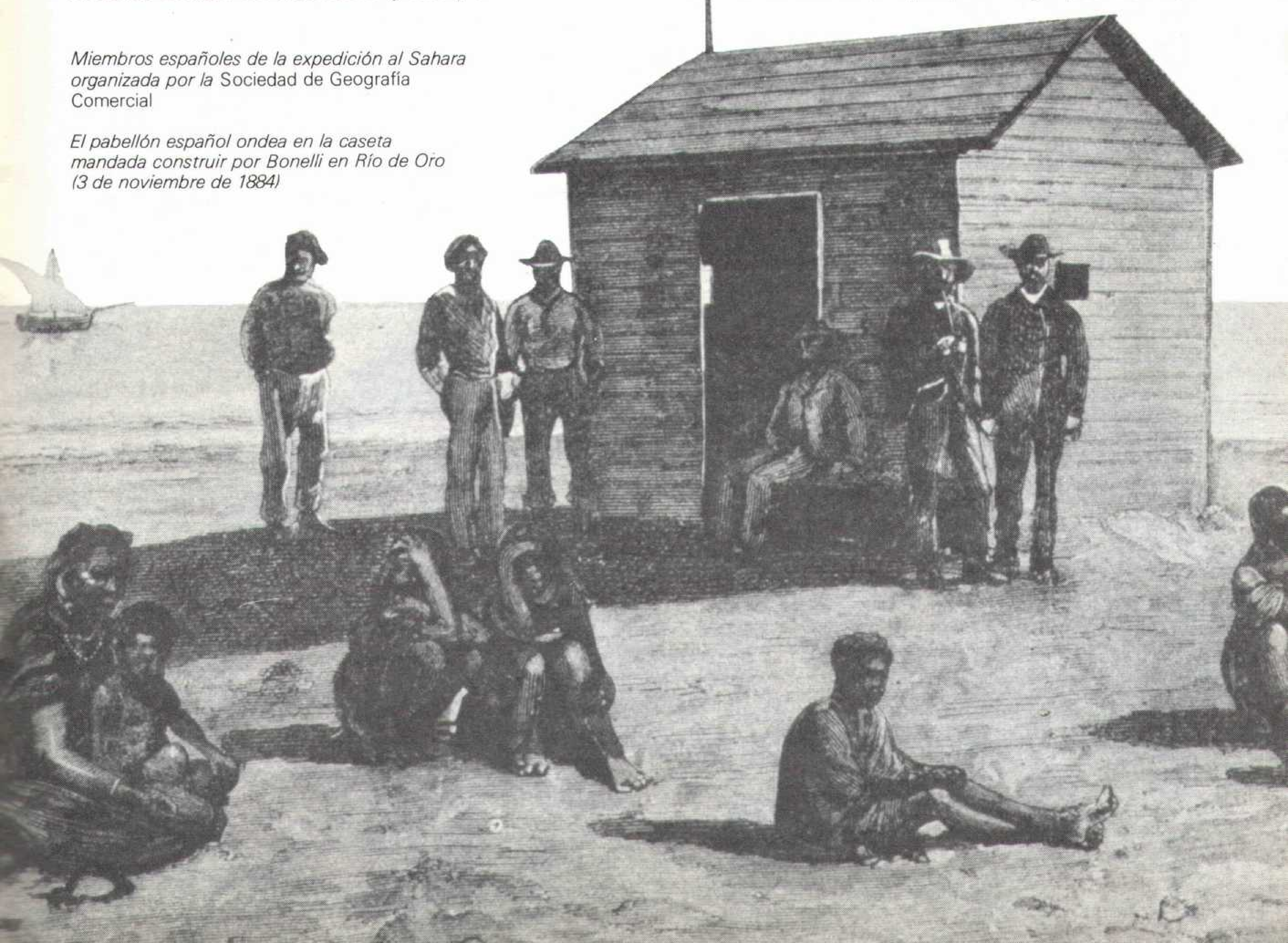
Desde la llegada de los españoles estos *moros de marea*, como se les llamaba, venían experimentando una mejoría relativa de su nivel de vida con respecto a otros colectivos del territorio. Los pescadores canarios les habían facilitado sus artes de pesca y a ellos vendían ahora la mayor parte de sus capturas. Entre dos grandes piedras seguían colocando su pescado a cocer, pero ahora iban disponiendo de útiles para cocinar y la dieta solía estar aumentada con arroz, galletas u otros artículos que obtenían realizando algún trabajo para la factoría. El mismo fuego que antes les resultaba tan penoso obtener que prácticamente carecían de él, ahora lo obtenían con simples cerillas. Hasta su aspecto exterior y el de sus mujeres había mejorado con el uso de las tijeras para sus descuidadas barbas y ensortijados cabellos.

En cambio, las otras tribus del interior continuaban con sus mismos viejos pucheros obtenidos quizá hace años en el Adrar mauritánico, fruto a su vez del intercambio con alguna caravana en ruta desde Tombuctú a Marrasquesh, tan al oeste de sus habituales zonas de nomadeo y tan peligrosa por las temibles partidas *tuareg*. Mantenían su dieta falta de legumbres y el fuego lo seguían obteniendo por medio del eslabón o piedra pedernal, del que normalmente se hallaban provistos, sustituyendo en el mejor de los casos la yesca por un pedazo de trapo de algodón deshilachado el cual unían también a la materia combustible.

Difícilmente, pues, estos colectivos podían tolerar impasibles la prosperidad de esos nuevos sedentarios establecidos a la sombra de los españoles y a quienes ahora acudían cuando intentaban arrebatarles la comida o los objetos que tuvieran en sus jaimas. También el antiguo y lucrativo negocio del *amdjun* estaba amenazado y obstaculizadas por los hombres de la factoría las prácticas tributarias y esclavistas.

La posición de las autoridades españolas entrometiéndose en las disputas intrasaharauis y el nuevo canon de comportamiento a imponer sobre lo bueno y lo malo —no en vano a la capital de la colonia se le había dado el apellido del cardenal y confesor de la reina Isabel, que tantas diferencias de procedimiento tenía, digamos de paso, con el rey Fernando— iba a tener consecuencias trágicas.

A los pocos días de la salida de Bonelli con sus hombres, concretamente el 9 de marzo de 1885, se presentaban frente a la factoría pequeños grupos de indí-



Miembros españoles de la expedición al Sahara organizada por la Sociedad de Geografía Comercial

El pabellón español ondea en la caseta mandada construir por Bonelli en Río de Oro (3 de noviembre de 1884)

genas de los Bu Amar venidos del interior, que engrosaron poco a poco hasta formar un grupo considerable. Parece que empezaron a mostrarse disconformes con las transacciones y, al mismo tiempo, provocativos.

Los empleados de la Compañía intentaron ganar tiempo con lisonjeras promesas y muestras de la más variada mercancía al tiempo que comenzaban la retirada. No la pudieron realizar; los supuestos clientes se arrojaron sobre los dependientes de Villa Cisneros, que estaban desarmados, y dieron muerte al tenedor de libros Serafín Ferlín y al auxiliar Pedro Sánchez, hiriendo mortalmente al cocinero, un peón y dos marinos de la goleta *Ceres*, y de gravedad al intérprete y a otro empleado.

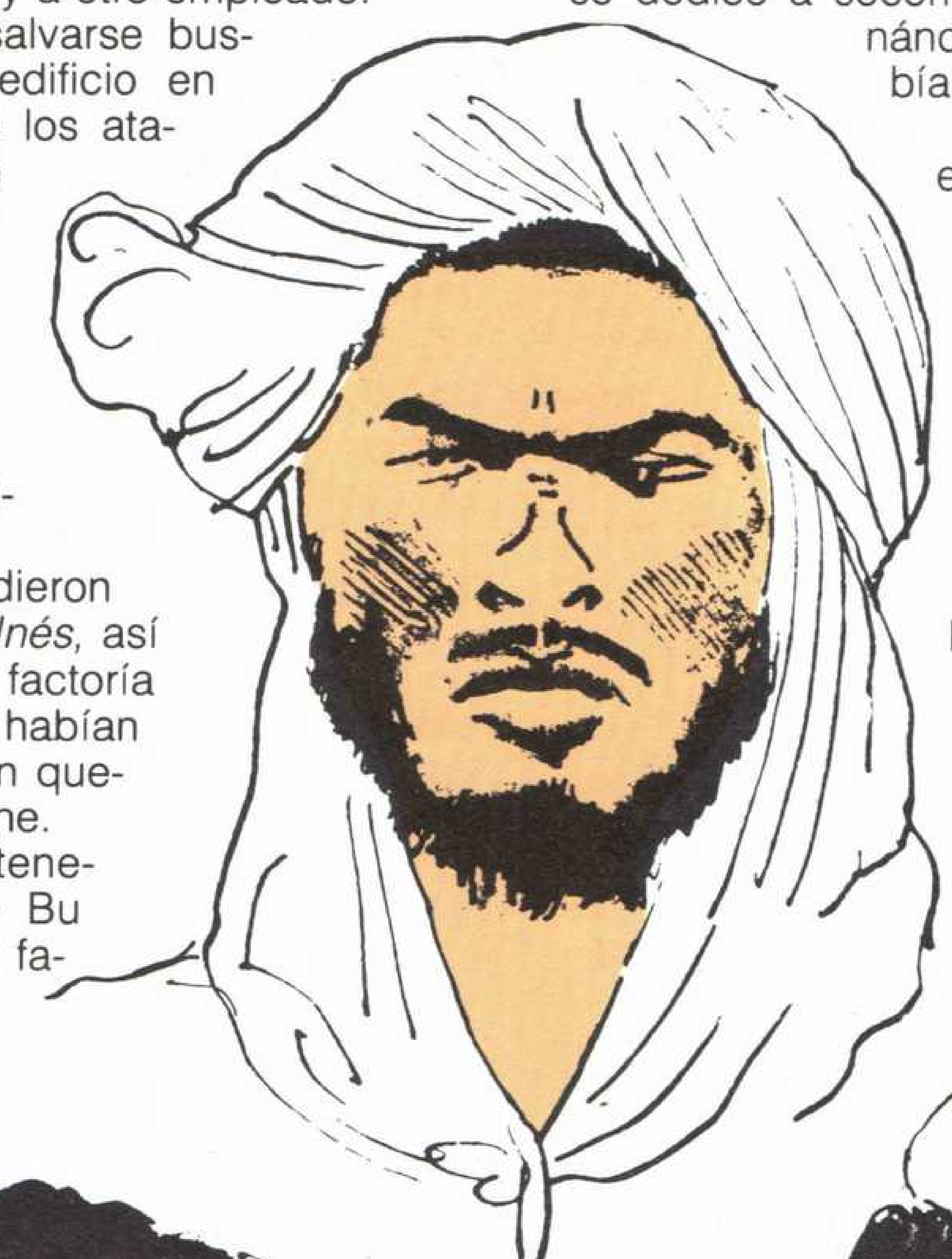
Los que pudieron salvarse buscaron refugio en el edificio en construcción. Mientras los atacantes se dedicaban al saqueo y destrucción de la factoría y de las obras planteadas, los sitiados fueron conminados a rendirse bajo la amenaza de ser asesinados si no lo hacían.

Los españoles decidieron entregarse. El pontón *Inés*, así como los restos de la factoría y los almacenes que habían quedado en pie, fueron quemados esa misma noche.

Los atacantes pertenecían al colectivo de Bu Amar, formado por 27 familias que deambulaban en torno al pozo Tishekten, distante unos 45 kilómetros de la costa.

Al día siguiente del ataque un miembro de la tribu de los Ulab Bu Sbaa conocido generalmente con el nombre de Uali Es-Sebai llegaba a Villa Cisneros, encontrando deshechos los muros y casetones, muertos seis españoles y amarrados por el cuello y faltos de auxilio y alimento los que quedaban en poder de los Bu Amar.

Convencido de su impunidad por el temor que en toda la zona inspiraba su tribu, Uali hizo frente a la situación blandiendo la gumía que llevaba colgada a la bandolera, increpando a los asaltantes y amenazándolos. Luego se dedicó a socorrer a los cautivos, proporcionándoles ropa —de la que habían sido despojados— y agua.



Para evitar la repetición de este tipo de sucesos y garantizar en lo posible la seguridad de quienes allí fueron, protegiendo al mismo tiempo la continuación de las obras de la nueva factoría que por su cuenta iba a ejecutar la Compañía Mercantil Hispano-Africana, dispuso el Gobierno por Real Orden de 26 de mayo de 1885 que se estableciera en la península de Río de Oro un destacamento de 25 hombres que debía salir de Canarias sin pérdida de tiempo acompañado asimis-

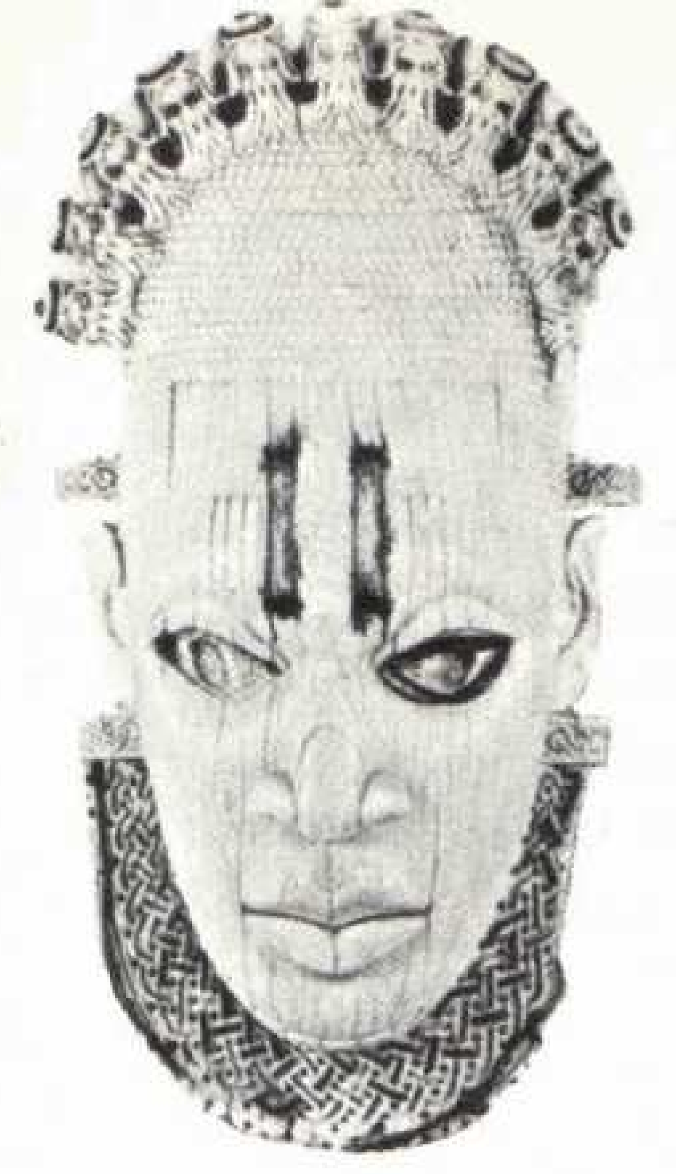


Tipos saharauis (por Julio Caro Baroja)

ESPAÑA EN EL SAHARA

Territorio reivindicado por España a finales del siglo XIX
A Francia por los tratados de 1900 y 1902
A Francia por el tratado de 1904
A Francia por el tratado de 1912
Territorio español a partir de 1912

Mogador
Marrakech
MARRUECOS
ATLANTICO
Sidi Ifni
ISLAS CANARIAS
Sta. Cruz de Tenerife
Las Palmas
Oued Dráa
Cabo Juby
Tarfaya
MARRUECOS MERIDIONAL
ARGELIA
Tindouf
El Aaiún
SAHARA
Saguía el Hamra
Smara
ESPAÑOL
OCEANO
Cabo Bojador
Güelta Zemmur
Villa Cisneros
RIO DE ORO
Bahía de Cintra
Idjil
MAURITANIA
Nouadhibou
Güera
ADRAR
Ouadane
Atar
Cabo Blanco
Tichit
Nouakchott



mo de un oficial del Estado Mayor.

El 8 de junio salían del puerto de Las Palmas, embarcados en el vapor *Río de Oro*, perteneciente a la ya mencionada Compañía Mercantil, el capitán de Estado Mayor José Chacón, acompañado del alférez-alumno Javier Manzano y del teniente del 9.° batallón de Artillería de plaza Estanislao Brotons, jefe del destacamento; de un sargento, tres cabos, un corneta y 20 artilleros, provistos de material de campamento, víveres y agua para un mes.

Reconocido el terreno, trazada la planta de la factoría e izada de nuevo la bandera con los honores de ordenanza, comenzaron los trabajos de reedificación.

Situada a unos 200 metros de la costa, Villa Cisneros se encontraba en una ligera depresión del terreno. En un principio consistió la colonia en un recinto de planta rectangular, de 60 y 40 metros de dimensiones laterales, cercado por un muro de mampostería, sin foso, cuyos lados mayores seguían la dirección de este a oeste.

La llamada casa-fuerte, en la que tenía su acuartelamiento la tropa de infantería de marina entonces destacada, era un edificio de dos pisos situado en el ángulo noroeste del recinto, con muros aspillerados de siete metros de altura. La comunicación exterior se establecía por medio de una escalera levadiza, protegida de los fuegos del campo por un espaldón construido sobre el muro de cerramiento. Las ventanas del edificio estaban también aspilleradas, y en la terraza se instaló un compartimiento para una guardia de tiradores, que podían batir gran extensión, asegurando la puntería merced a las señales establecidas en el terreno de cien en cien metros.

Unos intereses precarios

En el vértice diametralmente opuesto se levantaba la casa-oficina, también rectangular, de 19 metros de longitud por 9 de anchura, flanqueada por cuatro torreones aspillerados.

El recinto comunicaba con el campo exterior por una puerta de tres metros de anchura, abierta al norte y al lado del fuerte; para el paso de las personas había un postigo, y para la vigilancia del centinela, un ventanillo con reja y tabla de cierre a corredera.

En el ángulo suroeste existía un pequeño polvorín de mampostería y en el noreste se hallaba instalada una pieza de ocho centímetros, dispuesta para tirar a barbeta y batir el terreno de las inmediaciones en dirección de la costa, así como toda la longitud de la península hacia el norte.

El muelle que se construyó provisionalmente, formado por dos muros paralelos rellenos de piedra, valía bien poco y tenía el grave inconveniente de hallarse desenfilado de los fuegos del fuerte. A pesar de todo, el vapor *Río de Oro* comenzó desde mediados de 1885 a hacer viajes regulares mensuales entre la Península, Canarias y el continente sin que aquello fuera obstáculo y sin que durante los dos años siguientes le faltaran, como por otra parte habían asegurado los jefes nativos de Atar, abundantes mercancías que transportar.

A unos 200 metros del recinto se encontraba la casa de contratación, en la que los saharauis celebraban sus conferencias con los españoles de la colonia y efectuaban los cambios de sus productos por los géneros que les proporcionaba la factoría. En esta casa solían a veces pernoctar, previa autorización y entrega de sus armas, que recogían luego al regresar al interior del desierto.

Cerrando un cuadro costumbrista típicamente colonial, digamos que cuantas veces se acercaba un indígena de los que se movían por Río de Oro a la parte del edificio ocupado por el destacamento había de responder siempre al *¡Quién vive!* del centinela con la voz de *¡España!*, añadiendo luego su nombre o el apodo con que hubiera sido bautizado por los colonos.

Emilio Bonelli, que a raíz de los trágicos sucesos de marzo es nombrado comisario regio en la costa occidental de Africa, queda también encargado de la factoría. Con un buen conocimiento del idioma árabe, así como de las costumbres, religión y carácter de otros pueblos musulmanes, se le supone apto para el cumplimiento de tales cometidos. Efectivamente logra restablecer la armonía y abrir una época de auge y florecimiento en Villa Cisneros.

Los balances de la Compañía Mercantil Hispano-Africana reflejan —frente a las pérdidas que normalmente se le han atribuido— unos rendimientos de 50.000 a 60.000 pesetas mensuales, mientras que los gastos de explotación y mantenimiento no superan las 5.000 pesetas al mes. Es decir, unos beneficios netos declarados superiores a las 600.000 pesetas al año, con lo que en este aspecto puede decirse que bastaron unos meses para que los contribuyentes y la sociedad española en su conjunto amortizaran los gastos de exploración y establecimiento —que habían costado 7.500 pesetas— y la Compañía superara en beneficios la cantidad de 300.000 pesetas que constituía su capital social. Esto sin contar los beneficios del total de 35 buques y 1.500 pescadores principalmente canarios que con base de apoyo y abastecimiento en Villa Cisneros faenaban por todo aquel litoral dando con su actividad lo que pronto sería única base económica y de estabilidad en la colonia hasta prácticamente la explotación fosfatera.

Pero la prosperidad de la Compañía seguía amenazada por unas tensiones inadecuadamente resueltas. Bonelli había continuado estrechando lazos con el Chej de la zona de Atar, con



autoridad sobre colectivos ricos en ganado y de mayores posibilidades económicas que las tribus propiamente saharauis, que se encontraban así cogidas entre dos fuegos.

Fruto de tal estado de cosas se produce un nuevo ataque a la ciudad el 24 de marzo del año 1887.

Este grave altercado del que nunca se ha escrito fue de una trascendencia decisiva para el desenvolvimiento posterior de la colonia. Pendientes de una mayor exhumación de documentos en el Archivo Central de la Administración de Alcalá de Henares —donde están todavía en fase de clasificación tras su cesión por Presidencia del Gobierno, que conservaba toda la documentación colonial—, las pocas referencias de detalle que hemos encontrado resultan indicativas: ... *no pudieron llevar a cabo sus propósitos porque las precauciones adoptadas y la presencia del destacamento militar los mantuvo en respeto,* siendo *dispersados por los certeros disparos de cañón que sembraron la muerte y el espanto.*

Todo hace suponer que se estaba esperando un intento de acción similar para tomar una represalia que desalentara por mucho tiempo acciones semejantes y dejara claro que determinados cambios se iban a imponer aunque fuera por la fuerza de las armas.

Tal vez esto quedara aclarado y en prueba de ello, al día siguiente, 25 de marzo, representantes de algunas de las fracciones atacantes acudieron a ofrecer actos de sumisión y amistad. Pero a partir de entonces el desarrollo de la colonia quedó aletargado y la actividad mercantil y de intercambio comercial con el interior cayó en picado.

En vano se ordenó ya no inmiscuirse en las disputas intertribales, respetar sus costumbres sean las que fueran, y muy especialmente no obstaculizar sus prácticas esclavistas, cuestión de vida o muerte para el sistema económico que frágilmente —a través de procedimientos como los *foggara*— hacían posible la supervivencia de muchos de aquellos colectivos (2).

Para Aida, jefe del Atar y Adrar mauritánico, fue el pretexto para abandonar los acuerdos con Bonelli y la factoría, acogiéndose a los más ventajosos que le ofrecían los franceses. Estos, desde el Senegal, le amenazaban con cortar sus relaciones con las tribus negras.

La penetración que desde la costa sufrían los territorios subsaharianos acabó por yugular el débil flujo comercial de oro en polvo y esclavos que daba vida a las ciudades árabes del norte. Los franceses entonces no se lo pensaron dos veces y tomaron Tombuctú. Cuando esto ocurrió, en 1893, la suerte de las factorías del noroeste africano —también la de Mackenzie en cabo Juby— estaba echada. También para muchas de las poblaciones situadas al norte del Africa ecuatorial se iniciaba una época incierta que las llevará a ponerse progresivamente en brazos de los europeos.

Ese mismo año de 1893, la Compañía Mercantil Hispano-Africana apenas obtuvo unos rendimientos mensuales de 5.000 pesetas, insuficientes para cubrir gastos. Sin embargo, los monocultivos y el negocio maderero estaban empezando a desarrollarse en el golfo de Guinea.

La Compañía Trasatlántica tomó en arriendo las instalaciones de la Hispano-Africana, consolidando Villa Cisneros como puerto de escala y aprovisionamiento de sus buques camino de la Guinea española. Miles de barriles de pescado en salmuera procedentes de las costas del Sahara occidental, preparado en bloques prismáticos de 50 kilos y enfadado en fundas de aspillera cosidas por costureras de Villa Cisneros, serían remitidos a aquellas zonas tropicales en una interrelación tan interesante como poco estudiada que posibilitó la mejora de la dieta alimenticia de sus habitantes y el desarrollo de las plantaciones.

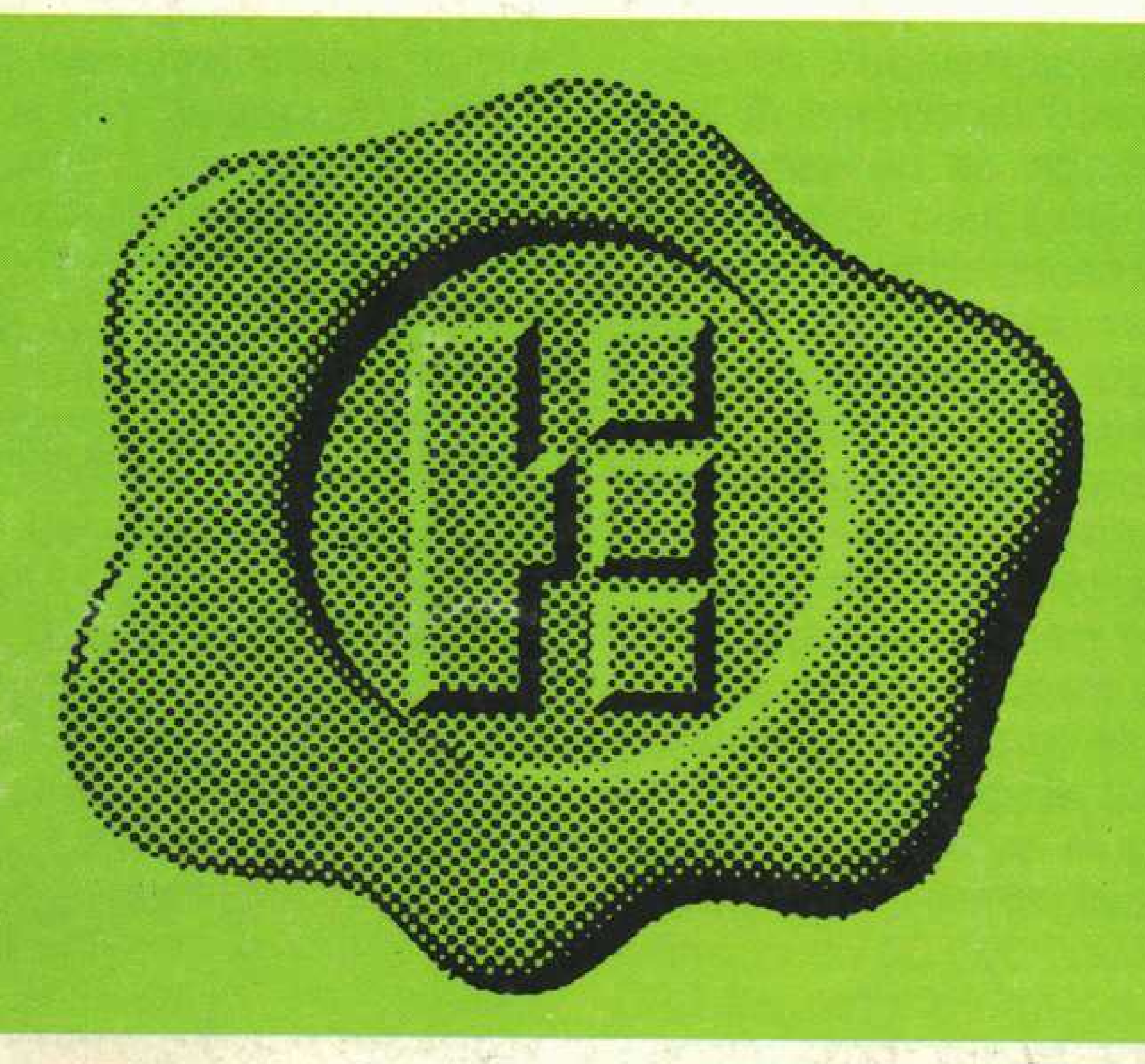
---

(1) No es cierto el origen que da a esa denominación el historiador francés Pierre Bertaux en *Africa desde la prehistoria hasta los Estados actuales,* Madrid, Ed. Siglo XXI, pág. 113.

(2) Las *foggara* eran galerías excavadas en el subsuelo de donde se obtenía agua por simple capilaridad. Para su mantenimiento se necesitaban trabajadores que se arriesgaran a quedar enterrados vivos al menor desprendimiento.

Bibliografía

Bertaux, P., *Africa, desde la Prehistoria hasta los Estados actuales,* México, Siglo XXI, 1972. Coquery-Vidrovitch, C., y Moniot, H., *Africa negra, de 1800 a nuestros días,* Barcelona, Labor, 1976. Cornevin, M., *Historia de Africa, desde sus orígenes a nuestros días,* Bilbao, Moretón, 1969. Crouzet, M., *El siglo XIX. El apogeo de la expansión europea,* Barcelona, Destino, 1960. Fernández, A., *Historia Contemporánea,* Barcelona, Vicens Vives, 1976. Garraty, J. A., y Gay, P., *La Edad Contemporánea,* Barcelona, Bruguera, 1981. Guillaume, P., *Le monde colonial,* París, Colin, 1974. Heers, M. L., *El mundo contemporáneo, 1848-1914,* Madrid, Sarpe, 1986. Jaffe, H., *Del tribalismo al socialismo,* México, Siglo XXI, 1976. Ki-Zerbo, J., *Historia del Africa negra II. Del siglo XIX a la época actual,* Madrid, Alianza, 1980. Laroui, A., *L'histoire du Maghreb,* París, Maspero, 1970. Martínez Carreras, J. U., *La era de las revoluciones,* Madrid, Istmo, 1983. Miege, J. L., *Expansión europea y descolonización, de 1870 a nuestros días,* Barcelona, Labor, 1975. Mommsen, J. W., *La época del imperialismo, 1885-1918,* Madrid, Siglo XXI, 1973. Oliver, R., y Fage, J. D., *Breve historia de Africa,* Madrid, Alianza, 1972. Paulme, D., *Las civilizaciones africanas,* Barcelona, Eudeba, 1962. Renouvin, P., *El siglo XIX,* en *Historia de las Relaciones Internacionales,* Madrid, Akal, 1982. Schumpeter, J. A., *Imperialismo y clases sociales,* Madrid, Tecnos, 1976.



Hyspamérica Ediciones Argentina

